

El corazón de astronauta

BEATRIZ BERGAMÍN

A Francisco Nieva, maestro de vida y de teatro.

A Teresa Bergamín Arniches, mi tía

Sobre un texto vivo

“Ya está el prologuista haciéndose el listo”, pensará el lector. No, al menos por esta vez. Simplemente quiero hacer unas consideraciones sobre el hecho de que este es un texto vivo. Hay que explicar a quien lea estas líneas que está viviendo algo muy poco habitual y que se encuentra en una situación privilegiada. Va a leer una obra en pleno proceso de creación. Las condiciones de este proyecto de la Fundación Autor de la SGAE –un límite de tiempo para la redacción y la publicación del texto que se ha trabajado en el taller– van a otorgar al lector, pasado el tiempo, la posibilidad de conocer la obra en un estado previo al último momento del proceso de creación de una obra dramática, cuando esta se aquilata de cara a su puesta en escena. Es posible que la autora decida ofrecer el texto tal como se puede leer ahora; es posible que lo siga revisando. Este texto, por ejemplo, tendría una duración muy superior a la convencional; lo cual no significa que le sobre una coma, pero las diferencias entre las dos versiones que he podido manejar me llevan a sospechar que aún vivirá muchos cambios; y más cuando se plantee un proyecto concreto de puesta en escena. Creo que vale la pena llamar la atención del lector acerca del hecho de que está mirando un cuadro en el momento en el que el pintor aún podría añadir o quitar cosas, pocas o muchas. Está usted leyendo una obra viva, recién sacada del mar que es la imaginación de su autora. Un mar fascinante, por cierto.

Con Beatriz Bergamín es imposible no cruzarse si uno tiene algo que ver con esta profesión: una artista inquieta, decidida a conocer todo; una actriz siempre interesante, con oficio, larga experiencia y capacidad creadora; una intelectual con una vasta cultura y un gran

mapa de referentes; añádase su condición de poeta, y la consecuencia de todo eso ha sido, por fin, su decisión de escribir para el teatro. La recepción de su primera obra (*No hay papel*, estrenada en octubre de 2014) ha animado a esta excelente escritora a continuar cultivando un género que, al cabo, es su vida desde aquel lejano taller del Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas de 1985 en el que nos conocimos.

¿Qué nos propone Bergamín en su segunda obra? Nos propone una mirada a nuestro mundo, un espejo en el que ver la extraña relación entre las dos vidas que hoy vivimos, la real y la virtual; o, mejor dicho, la presencial y la virtual, ya que habrá que convenir que las dos vidas son reales de alguna manera.

Sus treinta años en estos oficios, estudiando como el primer día, han alimentado la intuición y la sabiduría de esta escritora. Aquí se sirve de una de las herramientas más eficaces para construir un drama: una mentira inicial, pequeña, por juego, que no debería tener consecuencias, pero que crece y se convierte a cada minuto en una amenaza, porque la verdad aparecerá como una tromba de agua que se lleva todo por delante y hace mucho daño. Es un modo de poner en peligro a sus personajes, de ponernos en peligro a nosotros mismos. Porque los lectores deseáramos que a esos personajes les fuese bien. Porque los lectores sabemos que la única salvación de los personajes, que nuestra única salvación, está en el otro. Y ese es, precisamente, el asunto de este *El corazón de astronauta*.

Bergamín da una vuelta de tuerca sobre aquello que escribió Stendhal de la rama metida en el agua de las minas de sal de Salzburgo. Necesitamos amar, necesitamos ser escuchados, sabemos en el fondo que solo se tiene lo que se da, que solo se tiene amor cuando se ama. Sobre esto tan difícil trata *El corazón de astronauta*, a través del nuevo medio, las redes sociales, que hace tan fácil la fabricación de la mentira.

Ahora el lector podría plantearse el vértigo de la escritura. Cada línea de esta obra posee una gran calidad literaria, como era de esperar conociendo a su autora. Cada frase está cargada de poesía y

también de fuerza dramática. ¿Cómo se quita una línea de un texto tan hermoso?

Disfrute, lector, de esta obra como la obra terminada que ya es. Guarde este libro y, dentro de un tiempo, vuelva a disfrutar del viaje que su autora realizará cuando lleve este texto al escenario. Disfrute de este privilegio.

José Ramón FERNÁNDEZ

Dramaturgo

Madrid, julio de 2017

Sobre mi corazón de astronauta

Trata sobre la ingravidez y la fragilidad de los vínculos en la sociedad contemporánea.

Trata sobre estar o saber estar en el instante, en el presente, en la ilusión.

Trata sobre volver al inicio, a la vocación, al centro, al impulso.

Trata sobre tener un plan para salvarse.

Trata sobre la mirada que se posa y elige.

Trata sobre la valentía.

Trata sobre el cuerpo sin cuerpo, el sexo sin sexo y otros derivados del amor.

Trata sobre el don que cada uno de nosotros tiene y que, para bien y para mal, ha sido domesticado, con el paso del tiempo.

Trata sobre las cosas que no existen y necesito que existan.

Trata sobre las palabras que crean causas, cosas y casas.

Trata sobre la transparencia. Trata sobre la extrañeza, la vulnerabilidad, el temblor, la ternura y el caos que el amor causa en nosotros.

Trata sobre la alegría de vivir.

Se trata de no borrarse.

Se trata de hacer y hacerse preguntas, de eso se trata. Y de esa capacidad o incapacidad o RESISTENCIA del corazón, para cambiar de forma y de tamaño, dependiendo del esfuerzo al que esté siendo, o no, sometido.

Barthes decía que “el amor tiene en el *yo* el único protagonista”. Probablemente sí. Pero se trata también de indagar en todos esos cuerpos y esas almas (esos *yo*es) que contiene ese aparente *yo único*.

En su necesidad y su capacidad de desdoblarse y reproducirse en diversos seres o personajes/personas. Aunque, como escribió el inmenso poeta Paul Valéry, “hay algunos *yo* que son más *yo* que otros”.

Bien, pues yo en *El corazón de astronauta* he necesitado hablar del cielo abierto, de los no cumpleaños, del plomo en la cintura, de las grietas, de la boca, de las habitaciones pequeñas, de las cosas que uno puede hacer para transformar el campo de batalla en horizonte o en ventana, de una carretera en el campo, de mi cama, de mi caballo, de las cenizas esparcidas, de la pasión que, como escribió Kierkegaard, “es dual, es decir, inmediata y reflexiva”, y del tiempo roto que es aquí y es ahora y es ayer y es futurible y es tiempo en construcción. Y del amor en el tiempo, que es siempre amor presente, como dijo el filósofo Carlos Gurméndez en su magnífico libro *Estudios sobre el amor*: “El amor que sentimos está ocurriendo, o sea, haciéndose pasado su mismo presente [...]. Porque el amor es sucesivo en su unidad y único en su sucesividad”. Y también he necesitado hablar de cosas que deberían renacer. Y de otras cosas que deberían ahogarse. Y de abrazos y de dar las gracias. Y de la conciencia de uno mismo a lo largo del tiempo del amor.

Se trata de hacer vivo o dejar vivir a ese *yo* mío y a todos los que contiene, en este tiempo nuestro en el que, a veces, parece no haber tierra bajo los pies, en el que el dinero es dueño sin misterio del erotismo, en el que *temblar* no es sinónimo de *placer* y en el que, sin embargo y a pesar de todo, menos mal, tratamos de aprender día a día a no sentirnos aterrados ni pequeños, por sentir la efímera necesidad de amar y ser amados, de la calidez y el aullido, del pulso y la caricia de saber estar, querer, respetar y no hacer daño... y de ser al fin plenamente conscientes de ello. Porque amor y pensamiento también pueden ser compañeros de viaje, de vuelo y de camino. “Sentir es pensar temblando”, que decía José Bergamín.

Beatriz BERGAMÍN

Arde febrero, arde
y el demonio del mediodía
sacude su cola hasta la siesta
y es difícil pensar.
Apenas vamos por márgenes
de imágenes.

Una daga puede ser una daga
de la mente, allí helada
garra o daga,
mácula en todo momento
de la mente,
que cava el corazón.

Crear entonces brumas, praderas,
mirlos,
 mares de la mente,
tan provisorios como reales,
para salvar febrero,
espantar el demonio.

Ida VITALE, “Demonio del mediodía”
(*Léxico de afinidades*, 1994)

El corazón de astronauta

Personajes

ÁNGELES RAMA: *Funcionaria de Correos, 58 años.*

ÁNGEL ALEGRÍA (hombre virtual): *Médico, 38 años.*

LAURA VITALE: *Profesora de equitación, 48 años.*

LORENZO LÓPEZ: *Astronauta, 58 años.*

Pieza de teatro concebida para ser interpretada por dos actrices y un actor.
Duración aproximada de la puesta en escena: 110 minutos.

Álbum de fotos

- I. LA FOTO DE MI VIDA
- II. LA FOTO DE PERFIL
- III. LA FOTO DEL AMANTE
- IV. LA FOTO RÁPIDA
- V. LA FOTO DEL CABALLO
- VI. LA FOTO PARA LA PRENSA
- VII. LA FOTO DE ESPALDAS
- VIII. LA FOTO ROBADA
- IX. LA FOTO DE CUERPO
- X. LA FOTO SALVADA
- XI. LA FOTO QUE NO ERES
- XII. LA FOTO REPETIDA
- XIII. LA FOTO DE MI MUERTE
- XIV. LA FOTO DE TU VIDA

I
LA FOTO DE MI VIDA

I de febrero¹

ÁNGELES

ESPACIO en penumbra. Escapándose del oscuro, entra la LUZ y la MÚSICA. Sugerencia: "Verses" de Ólafur Arnalds y Alice Sara Ott.

LUZ color crema que poco a poco se intensifica y se posa sobre una cama, en la parte izquierda del escenario (derecha del espectador). Recostada, una mujer. Sobre su regazo, un ordenador portátil. A su lado, dentro del círculo de luz que crea su lugar en el espacio y lo delimita: una mesa baja de madera, un transistor sobre la mesa y muchas cajas de medicamentos, un vaso de agua y una lámpara, una funda de gafas, una lupa, una vela blanca, una jarrita de cristal con una rama de almendro en flor. Varios libros de poesía en el suelo, un televisor apagado frente a la cama.

PANTALLA texto: Zufre, Huelva (España)

PANTALLA imagen: un inmenso corazón, real, vivo, latiendo.

ÁNGELES.— (Al público) Hoy he tenido una pesadilla. (Pausa) ¿Me veis? ¿Tú me ves?... ¿Y tú?... Qué frío hace en febrero en este pueblo, qué frío. (Pausa) Esta noche he soñado que yo era ingrátida e invisible. No sé. ¿Estaré muerta antes de haberme muerto? (Silencio) Yo a veces creo que nadie me ve. Voy a encender esta luz. (Mira la lámpara de la mesilla, que se enciende sola) Me gustaría

¹ Año presente.

soñar con un prado verde fosforescente, con un caballo negro galopando, con un cielo azul cobalto y que no hiciera frío, en mi sueño. *(Se sienta en la cama con los pies colgando)* Antes de morirme tengo que pagar la luz, el teléfono y las tres cuotas que debo del televisor. Tengo que vaciar la nevera y pasar el aspirador debajo de la cama. ¿Para qué compraría yo el televisor? Todos los que viven ahí dentro son más guapos que yo, más jóvenes que yo, más felices que yo, hablan todos al mismo tiempo y piensan todos lo mismo aunque parezca lo contrario. Yo los miro, ellos no me miran a mí, no me ven, ni falta que les hace. Me gustaría saber si tú... si usted... ¿Me ve? Yo sí puedo veros... y antes de morirme quiero que me veáis vosotros a mí, por eso he decidido contar mi sueño, porque no quiero irme sin entender qué le ha pasado a mi corazón, no quiero irme sin que me quieran, yo quiero que me quieran. ¿Usted no? *(Silencio, los mira)* Y si para ello tengo que ser otra, o mejor aún, ser otro, eso seré, otro, entraré dentro de una pantalla como si entrara al mundo. Entraré al mundo. *(Abre su ordenador)* La vida, la vuestra, ¿está ahí dentro? *(Pausa)* Voy a entrar... *(Despacio, mientras entra vídeo, se adelanta hasta proscenio. Cojea)*

PANTALLA: se muestra el perfil (verdadero) en Facebook de Ángeles Rama: su foto de perfil, su profesión, sus cuatro amigos, la foto en su portada del castillo del pueblo en el que vive, alguna foto de ella con una chica joven (Noemí), etc.

En proscenio, Ángeles sigue hablando con el público.

Al otro lado todo está oscuro. No veo lo que hay más allá de ese agujero negro en el que estáis vosotros... Yo quiero... quiero salir ahí dentro o entrar ahí fuera, quiero estar donde estáis vosotros, en el mundo real. *(Pausa)* Mi amiga Noemí me ha dicho que el mundo real, el suyo, el vuestro, está en esa tela de araña que habéis creado dentro de vuestros teléfonos, vuestros ordenadores, vuestras tabletas... Noemí dice que en ese esqueleto de mundo

está la vida real, que por ahí habláis entre vosotros, os dejáis mirar y miráis, y dice que ahí dentro está el afuera, que por esas carreteras viajáis, os conocéis, conectáis... sí, esa es la palabra que usa mi amiga: *conectar*. Ella dice que ahí dentro no se escuchan los latidos del corazón, que no se sabe quién es bueno y quién es malo, quién vive o quién se deja vivir, y dice que por eso todo es más fácil en ese espacio cerrado tan abierto y que... todo es posible. Dice que ahí dentro, si la gente se echa de menos aprieta un botón y la otra gente, mucha gente, aparece, como por arte de magia.

Noemí habla deprisa pero sabe lo que dice y se le entiende todo, aunque al hablar no use puntos ni comas ni palabras preferidas. Yo me la creo, porque ella vive en vuestro mundo, o eso dice ella. Y me la creo también porque ella me ha regalado este ordenador y me ha enseñado qué significan y para qué sirven todas las lucecitas que brillan en vuestro espacio de cables invisibles, dentro de ese planeta presente que todo el rato parece un aeropuerto en medio de la noche. (*Silencio. Se toca el corazón, siente cómo palpita. Se calma*) Mi corazón de astronauta sigue latiendo aquí y aquí todo está oscuro. Yo escucho su latido, que rebota en el espacio para volver a mí, multiplicado. (*Señala el portátil que está sobre su cama*) Esa pantalla es el agujero en el que estáis vosotros y en el que yo quiero entrar y ser... otro. Sí. Otro. Poder hacer un clic para incendiarme y que mi vida cansada se llene de voces, de palabras y del ritmo de todos esos otros latidos que no son el mío. Mi vida se llenará de gente. De gente que huele a gente. Mi amiga Noemí, por ejemplo, huele a gato cursi, se perfuma para ir a la oficina de correos donde trabajamos, bueno, donde yo trabajaba antes, y por las tardes, cuando sale de la oficina, ya no huele tan cursi, huele a flores atascadas. “¡Vente a correr!”, me dice... ¡me decía!... la tonta, cuando salíamos de Correos y ella se iba hacia el campo y yo me quedaba parada, mirando la cuesta empinada que me trae hasta casa. Cada vez me costaba más y más subir la cuesta, pero nadie lo sabía, ni lo saben ahora; ahora ya ni la subo ni la bajo, la cuesta; ahora, desde que me dio, hace quince

días, ese... desde que me puse mala... ese ataque al corazón... ya no salgo de casa. *(Silencio)* Dicen, los médicos, que tengo el corazón de astronauta... ¿cómo es eso?... Él es todo lo que tengo, mi corazón ovalado, escondido en mi oscuro, un corazón de instantes. Por eso, cada vez que me quedo dormida abro los ojos por dentro, para seguir mirando hacia fuera, por si así pudiera evitar, un poco más de tiempo, caer por ese hueco de boca grande que quiere comerme como se comió a mis padres cuando yo era un garbanzo. *(Silencio)* Desde muy temprano aprendí a leer y a contar mentiras. Para leer me escondía. Me escondía y así leía los días de fiesta, los de guardar y los siete días de la semana, incluido el día que enterraron a mi madre, que se murió de pena y porque ella quiso. Y ese día yo la vi, pegadita a su ropa, aunque ella ya no estaba... tan guapa, tan mojada. Y ese día leí hasta en su entierro y ese día me bajó la regla y ese día me llevaron al colegio más feo, más frío y más anticuado de todos los colegios del mundo. A mi padre lo enterró la mina un día de primavera, lo sacaron con los ojos llenos de tierra. Me dejaron sin mi cuerpo de niña, sola y con un cesto de mocos en la cara. *(Pausa)* Pero ahora todo eso ya me da igual, o eso creo, ahora lo que quiero es echarme un novio por internet. □No! *(Se ríe)* □Pero si antes os he dicho que soy una mentirosa...! *(Deja de reírse)* ¿La verdad? La verdad es que yo quiero volver a casa, a mi casa. La verdad es que yo quiero incendiarme como me pasaba en las hogueras de San Juan, donde conocí a mi novio, en la playa, a ese novio que tuve, el marinero que ya hace años, diez, que no tengo a mi lado y que ahora tiene una niña de cuatro porque lleva nueve con una extranjera. A mí me gustaba, me encantaba mi novio, “me gusta me encanta me gusta... me entristece me da rabia me asombra me encanta me gusta...”, así se dice en Facebook ¿no? Así se hace y se dice a sí misma la vida en todas esas redes sin peces que me ha enseñado Noemí. Y yo seré coja pero también soy lista. Lo he aprendido todo, o casi todo, en pocos días y sé, porque lo sé, que con tan pocas palabras quizá yo no pueda contaros cómo era el cielo, ese cielo espolvoreado de plumas de ángel cuando los pies grandes de mi novio pisaban las

brasas llenando el aire de esquiras, de besos y de pájaros. Pero no me importa, está decidido, voy a dejarme atrapar por esas redes, porque ahora mi corazón de astronauta ya ni recuerda siquiera los saltos que daba. Si lo deseo poderosamente, puedo salir ahí fuera desde aquí dentro y... conectarme, ¿se dice así? Volver al agua, al rojo, al presente. Y voy a hacerlo...

Ángeles se gira, mira el ordenador que está dormido en su cama, se acerca y lo enciende.

MÚSICA. Sugerencia: "I'm Going Home" de Hans Zimmer.

TRANSICIÓN A ESCENA II

Ángeles, con el mando, acciona la PANTALLA.

II LA FOTO DE PERFIL

4 de febrero

ÁNGELES Y ÁNGEL

Fogonazo de LUZ color rojo sangre en la PANTALLA, que parpadea. Después, a través de la PANTALLA, vemos cómo Ángeles crea un perfil falso en Facebook: navega por internet, busca imágenes que se superponen a diferentes ritmos. La PANTALLA se detiene en algunas de ellas, como por ejemplo en la cara del astronauta Lorenzo López, pero otras pasan deprisa: el espacio interestelar, la luna llena, la Tierra vista desde el espacio, perfiles de portadas de Facebook de diversos hombres y mujeres, Miami, casas en distintos lugares del mundo, Montevideo, el campo, caras de niños y niñas, ojos de diferentes colores, playas, pasillos y camas de hospitales, etc. Finalmente, un prado verde fosforescente bajo un cielo azul cobalto y un caballo negro galopando, montado por una mujer (no reconocible).

Entra LUZ en escena sobre la cama de Ángeles, en la que un hombre reposa, o duerme, semidesnudo. En la cama y en el suelo, ropa de hombre en desordenada caída. Ángeles no mira al hombre, lo piensa mientras lo inventa. Él va despertando despacio. Mientras ella habla, él reacciona a ciertas palabras o frases que ella dice.

ÁNGELES.— Tu cara redonda es la cara de un hombre bueno y feliz. (Pausa) ¿Quién serás...? (Pausa) Te despiertas despacio cada mañana antes de las siete, te gusta madrugar, te levantas con hambre, con ganas de vivir, con una sonrisa en tu cara de luna.

Mueves los pies para quitarte el frío y con las manos haces círculos en el aire o dibujas laberintos. Tus ojos bailan en la ventana de tu habitación, que es grande, blanca y luminosa, tus ojos abiertos como si una pregunta perpleja se hubiera pegado a ellos por la noche. *(Lo mira)* Ponte los pantalones o no sigo. *(Deja de mirarlo y él ejecuta la orden)* Hoy he tenido un sueño: un prado, una casita blanca al fondo, un caballo galopando... y después no sé si era mi sueño o era yo quien te inventaba. *(Mira al hombre)* Luego ha llegado la primavera, la luz dorada sobre tu limonero en el patio pequeño al que se asoma la ventana, y yo he entrado por esa ventana, en tu casa, y estabas tú en tu cuarto, dormido y desnudo, y tú... como todos... no podías verme ni escucharme ni olerme y entonces he decidido que tú seas: valiente.

Él la mira por primera vez. Se miran largo uno al otro, se miran por dentro y sonrían; después ella ríe tímidamente, él no, solo la mira con preguntas en los ojos.

MÚSICA. Sugerencia: "María Elena" de Nat King Cole.

Bailan en el centro del mundo. Ella lo lleva a él; él baila torpemente, ella lo hace bien a pesar de su cojera.

ÁNGEL.— *(Deja de bailar. Se distancia)* Tengo hambre.

ÁNGELES.— Te gusta el zumo de mandarina y la papaya. Te encanta desayunar tostadas con aceite y tomate cortado. Antes de ponerte los zapatos los miras por dentro y los sacudes, en Uruguay los alacranes se cuelan por la noche en los zapatos... Te peinas con los dedos y abrazas bonito, pero bailas regular tirando a mal...

ÁNGEL.— Mal.

ÁNGELES.— Nunca has hecho mal a nadie, no sabes. ¿Te gustan los caballos?

ÁNGEL.— Los callos.

ÁNGELES.— Sí, te gustan mucho los... los caballos, las alcachofas crudas, los niños, las tormentas de verano... Los niños... Los puestos de pescado, saludar a tus vecinos, caminar descalzo, el sol de mediodía... Los niños...

ÁNGEL.— Hola.

ÁNGELES.— Tienes una hija. Tiene cuatro años, tiene un ojo de cada color, tiene miedo de dormir sola, siente adoración por ti, siente tus manos en su espalda y se calma. Sabes que a tu lado no hacen falta más ángeles que ella, sabes que por ella darías la vida, tu vida... ella es la alegría de tu vida...

ÁNGEL.— ... ángeles.

ÁNGELES.— Ángel Alegría. (*Lo mira*) Respira. (*Pausa*) Te gusta... ¿te gusta tu nombre?... Has nacido un 29 de febrero, como yo, tu mes preferido es... sábado, te encantan los sábados.

ÁNGEL.— El mes de sábado...

ÁNGELES.— ... el mes de junio es tu mes preferido tu color preferido el azul porque te gusta el mar mucho no sí sí te gusta muchísimo nada como un delfín corres por la playa te entra hambre mucha hambre llegas a casa te comes una vaca vives vives vives en Uruguay que es un país que me encanta porque no lo conozco me gusta sí tienes tienes una casita blanca cerca enfrente de la playa con un patio un limonero una regadera un pato salvaje un desorden ingenuo un tocadiscos una cocina grande solo para ti y para tu niña Anaïs se llama Anaïs como su madre porque ella es es es era guapa como su madre su madre que no está contigo ni con ella está muerta no lloras pones música ya no lloras delante de Anaïs la levantas en el aire la haces girar se ríe te ríes abre su boca abres

tu boca inmensa imitas sus gestos ella los tuyos te gusta te gusta te gusta la ópera no sí sí la poesía tu palabra preferida es... *cielo*.

ÁNGEL.— ¿Cielo? Me gusta.

ÁNGELES.— También te gustan mis cosas Ángel te gustan te gusto yo porque juntos conseguiremos que te quieran que me quieran... que nos quieran.

ÁNGEL.— Te gustan, te gusto...

ÁNGELES.— Estoy agotada.

ÁNGEL.— Respira.

Se acerca despacio a ella y la abraza por la espalda.

ÁNGELES.— Eres... eres bueno. Eres médico, eres... mi ángel, eres mío y yo contigo soy... contigo puedo ser todos mis pedazos... Seremos una pieza: única. Pero iremos despacio porque yo... yo no sé todavía quién serás. Antes eras la cara de un astronauta, ahora eres otro y mañana serás... ¿Yo?

ÁNGEL.— Yo.

ÁNGELES.— Tú. No volverás a ser un astronauta. Sí, lo sé... tienes miedo, no sabes quién serás, bueno, como todo el mundo ¿no? Yo puedo ayudarte, ayudarte a ser alguien, y tú a mí me ayudarás a vivir y a no morirme todavía porque yo no quiero morirme todavía, ya verás... Vamos a tener muchos muchos amigos... Esta noche he soñado contigo... bueno, no contigo, con tu casa, tu prado, tu cielo, ¿es tuyo ese cielo, esa cara, ese color de pelo?... y tú ahora existes, para mí, para el mundo, ¿es tuyo o es mío tu deseo?... tú ahora estás aquí, igualito a mí. No estés triste, corazón.

ÁNGEL.— Corazón, sábado, papaya, yo, miedo, mal, niña, mar, gusta, cocina, limón... ero, era... igualito, yo, astronauta, prado, médico... ¿despacio?

ÁNGELES.— Servirás para curar mi corazón y el corazón de otros y el corazón de muchos otros que irán apareciendo en nuestras vidas... serás un cardiólogo con mucha y muy buena reputación... pero no sé, no sé todavía cómo es ni dónde está tu propio corazón. Pero lo que sí sé es que serás como yo... No, mejor, mejor que yo, y serás, como yo, mortal. Tendrás la cara y el corazón de astronauta y las manos de un médico, la fuerza de un caballo y la voz de un hombre, de un hombre tranquilo, sencillo... y alegre. (*Respira*) Ángel Alegría, que seas feliz.

Ángeles Rama llora y Ángel Alegría llora.

TRANSICIÓN A ESCENA III

SONIDO (efecto) que inunda la escena y poco a poco va bajando de intensidad: cascos de caballos galopando y relinchos.

III
LA FOTO DEL AMANTE
7 de febrero
ÁNGELES, ÁNGEL Y LAURA

Ángeles y Ángel duermen en la cama, los dos exactamente en la misma postura, abrazados. Es una hora temprana. Amanece.

En el espacio de Ángeles: Ángel duerme mientras ella se levanta y ejecuta acciones: reorganiza objetos, se viste, engulle medicinas de muchas cajas diferentes, tiene arcadas, se peina, camina sin rumbo...

Paralelamente entra LUZ en el espacio de Laura, situado a la derecha del escenario (izquierda del espectador). En escena hay acciones simultáneas de Ángeles y Laura.

Cuando se ilumina el espacio de Laura, ella ya está en acción: bebé café, también se peina, limpia con grasa de caballo sus botas de montar, las cepilla, se pone unos calcetines altos hasta la rodilla, bebe más café... abre su ordenador. Al mismo tiempo, Ángeles, en su espacio, abre y enciende el suyo.

PANTALLA texto: Valdemorillo, Madrid (España)

Laura pone MÚSICA en Spotify (sugerencia: "Scorrendo Unite" de Verdi) y hace ejercicios al ritmo, o no, de la música.

Laura se detiene, regresa al ordenador y abre su página de Facebook, que aparece en PANTALLA, y luego vuelve a sus ejercicios.

Vemos sus datos: una foto suya en el perfil, un caballo en la foto de portada, en el lateral su nombre y apellido. Trabaja en Profesora de equitación. Vive en Madrid. De Roma. Le siguen 499 personas.

Suena el móvil de Laura. Desciende la intensidad de LUZ en el espacio de Ángeles.

LAURA.— *(Contestando al móvil en voz muy alta porque la música sigue sonando)* Hola, Paco. (...) No, estoy en casa. (...) Ya, es que me he quedado dormida... (...) Comer... (...) Pues sí, a estas horas; los italianos comemos a la una, es más sano y más europeo. (...) No, no siempre, ayer llegué muy temprano, a las seis de la mañana, porque el mozo se había ido a Rumanía de vacaciones, creo. (...) ¿Y? (...) ¿Para siempre? (...) Ya... y limpié las camas de los caballos...

Laura quita la música mientras sigue la acción y entran la LUZ y la palabra en el espacio de Ángeles, como si se colaran en los silencios de escucha que hace Laura en su conversación telefónica.

ÁNGEL.— *(Despertándose de golpe)* ¿De quién es mi cara?

ÁNGELES.— De un astronauta, ya te lo dije. Pero eso, ahora, ya da igual.

LAURA.— ... y me quedé hasta las tres de la mañana porque los veterinarios tardaron dos horas o más en llegar, y la yegua de Juana... *(Para sí, mirando su foto en la pantalla del ordenador, en la que está abierto su perfil de Facebook)* Qué mala cara tengo, con lo que yo he sido, una... *(Al teléfono)* Estrella, sí, se puso de parto. (...) ¿Te da igual? No me extraña que... *(Para sí)* Qué pena... *(Al teléfono)* Nada, nada... que el mozo se ha ido para siempre... (...) Vale, vale, sí, perdona. Lo siento, no quería... (...) Voy para allá. Lo siento. (...) ¿Cómo? (...) Y yo. Bueno... voy. *(Cuelga)*

ÁNGEL.—¿De quién es mi corazón?

ÁNGELES.— Mío.

ÁNGEL.—¿Y mi vida?

ÁNGELES.— Nuestra, de los dos. ¿Estás contento?

ÁNGEL.— Estoy soñando.

LAURA.— Este tío es gilipollas. (*Silencio*) Y yo más, claro, que me dejo manipular. Al final siempre soy yo la que pide perdón. En este país nadie pide perdón, ni da las gracias, ni se disculpa, ni nadie te agradece nada... Qué fraude. Pero bueno, paso, paso de empezar el día de mal humor por culpa de este hombre. (*Pausa*) Ay, Laura, despierta, ¿no ves que te trata fatal?!... “Suelta en la pista a Tizón”... Pero si cojea... “Ponte con la clase de los avanzados que luego yo me incorporo”... Y nunca se incorpora... “Ducha al potro, ordena el cajón de las vendas y los protectores emparéjalos bien, limpia las monturas y lava los sudaderos, que hoy no has hecho nada, dale cuerda a Babel”... ¿Nadaaa? “[Venga!”... Pero, tío, ¿y tú qué haces!?

ÁNGELES.— Tengo muchas cosas que hacer y tú tienes demasiadas preguntas. Yo no soy tan curiosa, creo, ¿o sí? ¿Eres tú mi pregunta o eres mi respuesta? No sé... ay, qué lío. Voy a hacer el desayuno. Quédate ahí, tranquilo. (*Mira la cama*) Tengo un lío...

LAURA.— Follártelas a todas, eso es lo que haces. Y yo como una imbécil esperando que llegue el fin de semana que no tienes a las niñas por sí, por un casual, tú puedes, o te apetece, tomarte un vino. Esto ya no tiene sentido. Ay, Laura, qué poco te quieres, qué poco te... respetas; eres lista, eres tonta, eres puta... eres transparente. ¿Quién eres tú?

ÁNGEL.— Soy bueno, un hombre bueno. ¿Quién soy yo? ¿Soy una mujer?

LAURA.— Anda ya. (*Silencio*) Y todo para terminar en su casa y luego tener que irme a la mía conduciendo como una loca a las tantas de la madrugada porque no puedo quedarme a... (*Se va apagando*) ¿A qué? A dormir... (*habla más despacio*) abrazada... Es culpa mía, ya ves tú, no he aprendido nada. Qué desastre, Laura... Y él, él nunca ha dicho mi nombre en la cama, nunca ha dicho...

ÁNGELES.— Dime las palabras que has aprendido.

ÁNGEL.— Estoy papaya, cielo, estoy... despacio. ¿Estoy miedo?

ÁNGELES.— Estás vivo.

LAURA.— ¿Qué coño estoy haciendo?... Es tarde, no, tardísimo. (*Se pone las botas de montar*) ¿Y sabes lo que te digo, Laura?... Que como no cambies tú, los demás no van a cambiar por ti ni para ti. Además, que tú y yo, *mio caro*, nunca hemos sido ni creo que seamos nunca “los dos”. Y ya está bien de pedir perdón.

Laura termina de vestirse, se abriga —es febrero— y, mientras, Ángeles se sienta frente al ordenador, de espaldas a Ángel, que se levanta de la cama y se viste al mismo tiempo que Laura en su espacio.

ÁNGELES.— (*En su ordenador*) Tienes...

ÁNGEL.— Tenemos.

ÁNGELES.— Tenemos 192.

ÁNGEL.— Años.

ÁNGELES.— Amigos. Qué barbaridad, cuando se lo cuente a Noemí no se lo va a creer, aunque... no se lo va a creer porque yo no se lo pienso contar. Este es un secreto mío.

ÁNGEL.— Nuestro.

ÁNGELES.— Nuestro, perdón, de los dos.

LAURA.— *(A su móvil, que ha vuelto a sonar)* Perdón... (...) Sí, sí, ya estoy en el coche, estoy llegando. (...) Pues porque hay muchísima niebla... (...) Paco, te pierdo... (...) ¿Qué? (...) Sí, compré la cabeza nueva para Talismán. (...) ¿Dónde? (...) Te cuelgo, que no llevo el manos libres y esto es peligrosísimo... *(Cuelga)* Ya. Ojalá tuviera la cabeza en otro mundo, ojalá... Qué más quisiera yo que poder saltar, salir ahí fuera, salir de este planeta azul. Y encima nunca me deja terminar las frases, que me da una rabia...

Busca las llaves del coche, cierra el ordenador de golpe y coge una cabezada de cuadro que estaba colgada en una silla. Sale de escena.

PANTALLA a negro.

ÁNGELES.— Se ha ido. *(Pausa)* La luz, se ha ido.

TRANSICIÓN A ESCENA IV

Poco a poco, el humo líquido (la niebla) inunda la escena.

IV
LA FOTO RÁPIDA
7 de febrero
LORENZO

En el escenario, humo ligero (no mucho).

PANTALLA texto: Miami, Florida (EE UU)

Entra LUZ sobre una máquina de correr situada en el centro/al fondo del espacio escénico.

Un hombre corre en la máquina.

MÚSICA. Sugerencia: "Oblivion (arr. Stjepan Hauser)" de A. Piazzola².

PANTALLA: un neón iluminado que se enciende y se apaga.

El hombre es Lorenzo López, el astronauta³. Suda, se seca la frente con una toalla, sigue corriendo, bebe, corre más deprisa, corre más... mira el móvil mientras corre, sigue corriendo... En un momento dado salta de la máquina al suelo y sigue corriendo, pero ralentiza sus movimientos, como si estuviera en el espacio o en la Luna, sin estar sometido a la fuerza de la gravedad.

² La música debe contrastar con la energía/velocidad de la carrera del hombre. Él debe estar en un lugar o estado y su música en otro.

³ Lorenzo López y Ángel Alegría son interpretados por el mismo actor, pero debe verse/entenderse que no son el mismo personaje, por la ropa, el pelo, el modo en que maneja su cuerpo... o tal vez porque su cuerpo haya sido "cableado" o "parcheado" como si estuviera siendo monitorizado para algún tipo de prueba médica o de resistencia física.

TRANSICIÓN A ESCENA V

El astronauta es engullido por la niebla y, cuando ha desaparecido, en PANTALLA aparece un astronauta pequeñito y lejano en el espacio infinito, solo.

V
LA FOTO DEL CABALLO

9 de febrero

ÁNGELES, LAURA Y ÁNGEL

Noche. Silencio. Luz blanca de luna llena que entra por una ventana e inunda el espacio de Ángeles. Luz verde parpadeante que sale de la pantalla del ordenador de Laura e impregna su espacio. Persiste la niebla.

ÁNGELES.— *(Sentada frente a su portátil)* Voy a poner en tu foto de portada un caballo negro, como el de mi sueño, más negro que un tizón... “Tizón”, qué bonito nombre para un caballo... *(Se escucha la risa de Ángel pero no le vemos. Ángeles se gira y lo busca)* Ya... bueno, a mí me gusta, piensa tú otro mejor. *(Para sí)* Ángel tiene razón, piensa un nombre más original, tú puedes. *(Mira a su alrededor mientras lo piensa y se escucha de nuevo la risa de Ángel)*

LAURA.— Tú puedes, Laura. *(Se acerca a su ordenador mientras se hace una coleta o se cepilla los dientes)* Puedes aprender, puedes cambiar, puedes ser, puedes reírte más, puedes mandar a tomar por... ¿Y este? ¿Este quién es? Qué bonito el caballo... Alegría, Ángel... ¿Y por qué me pide amistad si no tenemos ni un solo amigo en común? Ah, sí, uno... Pues mira, ya está, te lo has ganado por el caballo de la foto. Aceptado. Sí.

ÁNGELES.— Ángel... ¿Ángel?

ÁNGEL.— *(Aparece entre la niebla)* ¿Yo tengo costillas?

ÁNGELES.— ¿Costillas?... Mira, le has pedido amistad a una tal Laura que es amiga de un amigo de tu amiga la veterinaria, esa que te pidió amistad a ti, anteaer, yo creo que porque vio que eres médico... o porque tienes un pato y ha visto la foto del pato, quién sabe.

ÁNGEL.— La niebla me da *costillas*.

ÁNGELES.— (*Lo mira*) “Cosquillas”. (*Sonríe*) Ay, criatura...

LAURA.— Aceptado, pero como sea un cursi raro pijo animalista lo borro de amigo. Sí, sí...

ÁNGELES.— La gente se hace amiga de amigos de un amigo por unas cosas muy raras, ¿no?

ÁNGEL.— (*Detrás de ella, de pie, mirando la pantalla del portátil*) Sí.

LAURA.— Sí, sí, sí, les voy a decir que sí a todos los tíos que me pidan amistad y a las tías también, y a la vida, a la vida también. Sí. Y a mí misma me voy a decir sí a todo. *Sí*, a partir de ahora, tú eres mi palabra preferida.

ÁNGELES.— Sí, ¿qué?

ÁNGEL.— ¿Esa es mi amiga?

ÁNGELES.— Sí, Laura, como la de Petrarca.

LAURA.— Lo aceptes o no, Laura, la vida es un fraude.

ÁNGEL.— Vitale.

ÁNGELES.— ¿Cómo lo sabes?

ÁNGEL.— (*Señalando el ordenador*) Lo pone ahí.

ÁNGELES.— Ah, claro, tú has nacido ahí dentro. Qué listo eres, eres más listo que yo. *(Se toca el corazón)* Se me nubla la vista... Vitale, como la poeta uruguaya.

ÁNGEL.— Italiana.

ÁNGELES.— No, Ida Vitale es uruguaya.

ÁNGEL.— Aceptado.

LAURA.— ¿Uruguayo? Es médico...

ÁNGELES.— Es profesora.

ÁNGEL.— ¿Es real?

LAURA.— Es padre.

ÁNGEL.— Es un fraude.

ÁNGELES.— ¿Qué dices? Mira, Ángel, o empiezas ya a decir más de dos palabras seguidas o hablo yo.

ÁNGEL.— Tizón Tizón.

ÁNGELES.— Qué cansino, hijo. *(Lo aparta)* Quita, ya hablo yo.

PANTALLA: aparece la ventana del Messenger y las palabras se van escribiendo al mismo tiempo que los personajes las dicen: ES / NADA / NO / ES / TARDE / AMISTAD / SUERTE / BONITA / MALA / DUERMO / MENOS / CIAO / ESPERA / CLARO. Poco a poco las palabras se van haciendo más borrosas en la pantalla y en el escenario la niebla se disipa, sobre todo a partir de la entrada de Ángel en el espacio de Laura.

Hola, Laura. Perdona, ¿es tarde?

LAURA.— ¿Para qué?

ÁNGELES.— No, para nada. Gracias por aceptar mi solicitud de amistad.

LAURA.— De nada. ¿Vives en Uruguay?

ÁNGEL.— Sí.

ÁNGELES.— En un pueblito a una hora de Montevideo.

LAURA.— ¿En el mar?

ÁNGELES.— Frente al mar.

LAURA.— Qué suerte.

ÁNGEL.— No, hay lluvias torrenciales y huracanes pero...

ÁNGELES.— ¡Sí! Me encanta este lugar. *(Manda callar a Ángel con una mirada)* ¿Y tú?

LAURA.— En el campo, en una casa de madera.

ÁNGELES.— ¿Es bonita?

LAURA.— Mucho.

ÁNGELES.— Oye, y... ¿qué cosas te gustan?... ¿te gusta la poesía?

LAURA.— (...)

ÁNGELES.— Hola.

LAURA.— (...)

ÁNGELES.— ¿Estás ahí?

LAURA.— Estoy, estoy, sí... mal.

ÁNGEL.— Es mala.

ÁNGELES.— (A Ángel) No... que está mala. (A Laura) ¿Puedo preguntarte... qué te pasa?

LAURA.— No. Ahora no. Apago, cierro, me duermo, ya estoy dormida, lo he dejado. Estoy bien. Sí. Menos mal.

ÁNGELES.— ¿Qué... qué has dejado?

LAURA.— Nada. La niebla, ya no está... ni él. Adiós... *Ciao*.

ÁNGELES.— (A Laura) Espera. (A Ángel) Te toca. (Coge un libro y se lo da)

ÁNGEL.— ¿Yo sé leer?

ÁNGELES.— Pues claro.

Ángel abre el libro de Ida Vitale, lo acaricia. Tímidamente sale del espacio de Ángeles y entra en el de Laura.

ÁNGEL.— (Lee) “Arde febrero, arde/y el demonio del mediodía/
sacude su cola hasta la siesta/y es difícil pensar./Apenas vamos
por márgenes/de imágenes./Una daga puede ser una daga/de la
mente, allí helada/garra o daga,/mácula en todo momento/de
la mente,/que cava el corazón./Crear entonces brumas, prade-
ras,/mirlos,/mares de la mente,/tan provisorios como reales,
para salvar febrero,/espantar el demonio”⁴. (Silencio)

⁴ "Demonio del mediodía", extraído de *Cerca de cien: Antología poética* (Madrid, Visor Libros, 2015).

LAURA.— Ahora, en Uruguay, ¿es verano?

ÁNGEL.— Sí.

LAURA.— Gracias.

ÁNGELES.— ¿Por qué?

ÁNGEL.— ¿Por qué?

ÁNGELES.— *(A Ángel)* Te repites.

LAURA.— Por el poema. ¿Te lo repito? Por el poema.

ÁNGEL.— De nada. *(A Ángeles)* ¿De qué te ríes?

LAURA.— De nada. ¿Es tuyo?

ÁNGEL.— No.

ÁNGELES.— Sí.

LAURA.— ¿Sí o no?

ÁNGEL.— *(Mira hacia el espacio de Ángeles)* No, no soy... suyo.

LAURA.— ¿Suyo?

ÁNGELES.— Sí, es mío.

LAURA.— Así que... escribes poesía. Nunca había conocido a nadie que escribiera poesía.

ÁNGEL.— Yo tampoco.

LAURA.— Te gustan los caballos, ¿no? He visto uno en tu foto de portada.

ÁNGEL.— Tizón.

LAURA.— ¡[Sí!? Así se llama mi caballo. ¿Lo sabías... lo has visto en mi muro?

ÁNGELES.— ¡Qué casualidad!

LAURA.— Yo amo a mi caballo, es lo que más quiero en este mundo.

ÁNGEL.— (A Ángeles) Quiero... ¿Quiero?

ÁNGELES.— (A Ángel) ¿Qué quieres? Sí, quieres. Sigue.

LAURA.— Él quiere ser un niño pero es un caballo, negro como un tizón, un potro de cuatro años, grande, ingenuo, entero, todavía sin domar. Me encanta, es alegre. ¿Sabes? Después de la última curva, cuando escucha de lejos el motor de mi coche, recorre al galope toda la finca para venir a saludarme. Es increíble... ¿no?

Gira la cabeza hacia Ángel, lo roza con los ojos.

ÁNGEL.— Sí, increíble.

Se le cae o deja caer el libro. Laura se asusta levemente. Se miran.

ÁNGELES.— A mí también me gustan los caballos, mucho; me encantan, son honestos, antiguos, son leales, sensibles.

LAURA.— (...)

ÁNGEL.— ¿Laura...?

*Se acerca a ella, la huele. Ella se queda inmóvil y él apenas respira.
Ella tiene un escalofrío.*

LAURA.— Son sensibles, sí. ¿Y tú? ¿Puedo preguntarte algo...?

ÁNGELES.— Sí.

ÁNGEL.— ¿Sí?

LAURA.— Tú... ¿qué es lo que más quieres en este mundo?

ÁNGEL.— A mi hija.

LAURA.— Tu hija. ¿Es grande o pequeña?

ÁNGELES.— Tiene la edad de tu caballo y... también está sin domar.

LAURA.— Quién sabe, igual es ella quien necesite domarte a ti algún día.

Posa su mano sobre la de él, sin rozarla.

ÁNGEL.— Algún día.

LAURA.— Y... ¿cuál es tu palabra preferida?

ÁNGELES.— *Cielo.*

LAURA.— Qué palabra más... clara. Y qué claro lo tienes tú, ¿no?
Has contestado a la primera.

ÁNGEL.— Sí, cielo.

Laura se ríe.

ÁNGELES.— Y la tuya, tu palabra preferida, ¿la tienes clara?

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— ¿Sí?

LAURA.— ¿Por qué no? Sí. Un *sí* azul cielo. Un *sí* azul dentro de un ojo azul.

ÁNGELES.— ¿Sabes una cosa? Mi madre tenía los ojos verdes y mi padre azules, azul oscuro, por eso mi hija hubiera tenido... tiene... un ojo de cada color.

LAURA.— ¿Ah, sí? Mi padre tenía los ojos negros, era un italiano alto, de dos metros, o así es como yo lo recuerdo, y mi madre... tengo una foto suya en la que sus ojos son dorados... o sería la luz de la costa, no lo sé. No la veo desde que tengo la edad de tu hija. Se mataron. Juntos. En un descapotable... o quizá no era un descapotable y me lo invento... Lo bueno de ser huérfano es que puedes cambiar los recuerdos.

ÁNGEL.— Y los colores. Sí.

ÁNGELES.— Lo siento.

Laura y Ángel se tocan la cara, su propia cara, al mismo tiempo.

¿Tienes hijos?

LAURA.— (*Se separa de Ángel*) Ni padres ni hijos. Oye... Es la primera vez que hablo así con alguien a quien no conozco... y... bueno, es... es como detenerse y encontrarse con ese alguien en el espacio, alguien... leve... con quien poder hablar aunque no exista... Sí, poder detenerse, qué gusto. Aunque es raro, ¿no crees?

ÁNGELES.— Es bonito, aquí todo es ingrátido. ¿Estás bien?

LAURA.— Bueno, sí, sí... me he quedado más tranquila.

ÁNGEL.— Tranquila, qué bien.

LAURA.— Estos días estoy... no sé, cansada... ¿nerviosa?, quizá sea mi cuerpo, que me envía señales, no lo sé, quizá, porque... es siempre mi cuerpo el que habla, y yo confío en él. En quién si no.

Se agacha para quitarse la bota, pero es Ángel quien tira de la bota sin tocarla a ella.

Gracias, Ángel.

ÁNGELES.— Por el poema.

LAURA.— Sí, bueno y por... estar aquí. Estoy bien.

ÁNGEL.— Un placer. *(Silencio)* En el espacio... aquí. *(Pausa)* Tampoco yo tengo padres, o eso creo... *(Mira a Ángeles)* ¿No...?

LAURA.— ¿No estás seguro?

ÁNGELES.— Sí, lo estoy. *(A Ángel)* Ven, criatura, vuelve.

Ángel mira hacia Ángeles pero no se mueve hacia su espacio; se acerca a Laura y casi acaricia su pelo, aunque no llega a rozarla. Laura cierra los ojos.

LAURA.— ¿Vuelve...? Tal vez, puede que vuelva, sí, otro día, por aquí. Pero ahora tengo sueño. Adiós, astronauta.

ÁNGELES.— Astronauta... ¿por qué?

LAURA.— No lo sé... por la ingravidez de este... ¿encuentro inesperado?

ÁNGEL.— Esperado.

ÁNGELES.— ¿Esperado?

LAURA.— ¿Te gustaría ser un astronauta?

ÁNGEL.— Sí, mucho.

ÁNGELES.— Pero soy médico y, por ahora, me gusta ser quien soy.

LAURA.— Qué suerte, casi todo el mundo quiere ser lo que no es, tener lo que no tiene y amar lo que no existe.

ÁNGEL.— ¿Amar?

LAURA.— Sí, amar.

ÁNGELES.— *(Tímida)* Yo... te mando un beso desde Uruguay, aquí no hace frío.

LAURA.— Aquí sí, pero ahora... algo menos. ¿Estás solo?

ÁNGEL.— No, bueno... sí, sí. *(Mira a Ángeles)* ¿Tengo que irme? *(Ángeles asiente)* Tengo que irme. *(Recoge su libro del suelo)* Sí, estoy solo.

Acerca su mano a la boca de ella, sin tocarla. Ella abre la boca un poco.

También yo tengo muchos sueños.

Ángel sale del espacio de Laura y camina hacia el de Ángeles.

Ciao... guapa.

LAURA.— Cuida de tu hija, con eso basta.

ÁNGELES.— Sí, basta con eso... ¿para qué? *(Pausa)* Y a ti... ¿te cuidan?

LAURA.— *(Levanta los brazos como si fuera a echar a volar)* ¿El cuerpo o el alma?

ÁNGEL.— *(Levanta los brazos casi igual que Laura)* El cuerpo...

ÁNGELES.— ... y el alma.

LAURA.— No del todo. *(Pausa)* “Mares de la mente, /tan provisorios como reales, /para salvar febrero”... Qué bonito, tu poema.

ÁNGELES.— Como tú. Gracias por este ratito a tu lado. Un beso.

ÁNGEL.— A mi lado.

LAURA.— *Ciao.* Un beso.

Cierra el Messenger. Abre el perfil de Facebook de Ángel Alegría. En la PANTALLA aparece la foto inmensa de una niña con un ojo de cada color.

Es guapa...

En la PANTALLA se suceden las fotos que ella va abriendo: un tamarindo, un pato, una playa de arena blanquísima, una ventana, un camino ancho de tierra atravesando un prado bajo el cielo azul cobalto, la cara de Lorenzo López con una sonrisa que llena toda la pantalla, etc.

Qué tipo más... es dulce. Sí. Me gusta.

Laura cierra el Facebook.

TRANSICIÓN A ESCENA VI

MÚSICA. Sugerencia: "Después del agujero negro" de Polonio.

Baja la LUZ en el espacio de Laura mientras vemos cómo apaga el ordenador y se acerca a proscenio.

Y en el espacio de Ángeles también vemos que ella apaga su ordenador y coge, de manos de Ángel, el libro que le había entregado antes. Se acerca a proscenio.

Ángel desaparece detrás de la pantalla.

Las dos mujeres se detienen y miran el cielo... a sí mismas... el espacio.

En la PANTALLA se ve el planeta azul, que ilumina lejanamente a ambas mujeres, una a cada lado del escenario.

VI LA FOTO PARA LA PRENSA

10 de febrero

LORENZO

Un micrófono desciende del telar y se detiene frente a la cara de Lorenzo. Él va vestido de astronauta.

LORENZO LÓPEZ.— *(Se quita la escafandra)* Buenas tardes. Me llamo Lorenzo López, tengo 58 años, soy astronauta. Hoy es día 10 de febrero del año 2017, la temperatura es de 29 grados y para mí esta es la hora 1 de las 3.000 horas de sol al año en Miami, al sureste de Florida, sobre el trópico de Cáncer, una ciudad de 5,4 millones de habitantes más 1: yo, que soy geofísico y matemático, hombre blanco, soltero, sin hijos, nacionalizado en Estados Unidos. No sé dónde he nacido, no sé quiénes son mis padres, me adoptaron cuando tenía cuatro años, solo me dijeron que yo venía del frío y nunca me confirmaron la cantidad que habían pagado por mí. Hoy he aceptado, precisamente hoy, venir aquí a hablar con ustedes... para ustedes, pero hoy no sé bien qué es lo que hago aquí. Por primera vez en mi vida estoy haciendo algo sin saber para qué o por qué lo hago. *(Pausa larga)* ¿Alguno de ustedes ha pensado... ha deseado poderosamente, alguna vez, ser astronauta? Yo sí, yo he cumplido mi sueño y ahora... *(Silencio)* Voy a volver a empezar.

PANTALLA: documental del planeta azul visto desde el espacio, que él mismo acciona con un mando.

Cada 90 minutos orbitábamos en la oscuridad, hacíamos registros de nuestro propio sueño, dábamos paseos espaciales, completábamos tareas operacionales, llevábamos a cabo experimentos, no

podíamos cortarnos las uñas, rasurábamos al cero nuestras cabezas y usábamos un aspirador para que el pelo desechado no volara por la cabina afectando a los equipos, hacíamos dos horas de deporte al día para que nuestros músculos y huesos no se atrofiaran, no nos daba miedo la gravedad cero, no teníamos miedo ni conciencia de ser hombres o ratas o conejillos de Indias, no había conciencia, no había vértigo ni tierra bajo nuestros pies, nada excepto la nada bajo nuestros pies. *(Saca una toallita y se seca el sudor de la frente)* La microgravedad impide que sepas lo que está arriba y lo que está abajo, algo que muy pronto dejó de preocuparnos, pero nadie nos advirtió de que al regresar nuestro corazón se vería afectado. Nadie nos habló, tampoco, del vacío. Nadie. *(Silencio)* Yo repetía mi nombre antes de quedarme dormido, de pie, como duermen los caballos, mi nombre en voz alta y el día de la semana, el mes y el año en el que estaba. En el espacio el silencio todo lo ocupa. Necesitaba escuchar mi voz, grave, saliendo de mi cuerpo ingrávido, para sentir mi cuerpo a mi lado, viajando a 28.000 kilómetros por hora y encarcelado a 420 kilómetros de altura. Todos nuestros movimientos estaban vigilados, cada día, cada hora, cada minuto, cada instante de mi vida estaba siendo observado durante las 24 horas del día a lo largo de los 180 días que duró la misión. Todos me miraban mientras yo, desde el espacio, los miraba a ustedes, a vosotros, más pequeños que un átomo. Alexander hablaba con su mujer, Jon le felicitaba el cumpleaños a su hijo, Max le contaba chistes a su madre, Lorenzo López “no hay conexión no hay conexión no hay conexión lo sentimos mucho no hemos podido establecer la conexión sus familiares no han recibido la señal no hay señal mañana mañana mañana reiniciaremos el intento. Houston”. *(Pausa)* Hay que tener cuidado, las lágrimas en el espacio forman bolsas en los ojos, no caen, las lágrimas producen úlceras en los ojos que se quedan ahí para siempre. *(Silencio)* Perdón. No me encuentro b... ¿pueden abrir las puertas del fondo, por favor? *(Pausa)* La visión del planeta azul desde el espacio produce una emoción inconmensurable, inhumana, que... es difícil de explicar. Yo soy... era, mi vocación, yo

quise ser astronauta desde los cuatro años. Quería tener un trabajo “especial”. Mi trabajo ha sido mi sueño, mi rescate, mi destino. O eso creía. Y he trabajado mucho para conseguirlo, sí, dos carreras universitarias y cuatro largos años de durísimo entrenamiento para ser uno de los elegidos, uno entre miles de candidatos, hasta que me seleccionaron para formar parte del ISS y viajar a la Estación Espacial Internacional. Me volví loco. De alegría. Yo soy... yo fui, el elegido. Un héroe. ¿Un ángel? Tuve alas, tuve éxito y he podido mirarlos a todos ustedes desde arriba. *(Pausa)* La Tierra, desde el espacio, es bellísima... un animal azul. En el desierto del Sáhara pueden verse las marcas que deja el viento cuando sopla sobre las dunas. Y de noche aparecen las luces de las ciudades, como asteroides estrellados sobre la tierra. *(Silencio)* Hoy es día 10 de febrero del año 2017, hoy, señoras y señores, me han cortado las alas, hoy la NASA ha roto su compromiso conmigo y yo con ellos. He sentido como si me dieran un latigazo en la espalda. Vuelvo a no saber lo que está arriba y lo que está abajo. Y ahora sí, me importa. Y tengo miedo. Sufro de claustrofobia y tengo ataques de ansiedad. Y ahora sé que mi corazón ha cambiado de peso y de tamaño debido a la microgravedad. Pero ahora soy libre, por fin nadie me mira, nadie me vigila. *(Silencio. Respira)* Gracias, señoras, señores, ha terminado la conferencia, gracias. Todo ha terminado. Yo me retiro. Luchen por cumplir sus sueños. Suerte.

El micrófono sube y desaparece. El hombre también. Comienza a escucharse el viento, cada vez con más presencia.

TRANSICIÓN A ESCENA VII

Ángeles, en proscenio, lee un poema de Ida Vitale del libro que tiene en la mano. Laura se gira y lee el mismo poema, que aparece proyectado en PANTALLA. Las palabras/voces de las dos mujeres se funden, se entrelazan, se enredan entre sí y se mezclan con las palabras que aparecen en pantalla.

ÁNGELES Y LAURA.—

Si cielo, si azul, si ciegas,
bajo un sol de soles,
silencio.

Distantes nubes coloquiales fingen
el arabesco imprevisible
que la vida impone en tu vida.

No anticipes más sueños, mira
distante, ese pájaro alto, convexo,
busca otro límite, sombra⁵.

⁵ "Si ciegas", extraído de *Cerca de cien: Antología poética* (Madrid, Visor Libros, 2015).

VII LA FOTO DE ESPALDAS

14 de febrero

ÁNGELES, LAURA Y ÁNGEL

Ángeles y Laura, en proscenio, cada una a un lado del escenario. No se miran. No están conectadas. Cada una se desplaza a su espacio. Las dos se sientan frente a sus respectivos ordenadores. En el espacio de Ángeles está Ángel. Vemos cómo respira su espalda desnuda, en la cama, pero el resto de su cuerpo apenas se mueve.

PANTALLA: vemos diversos modos/propuestas visuales de lanzar palabras y frases: letras que se unen, palabras que se lanzan, golpean, estallan, se borran, desaparecen tras ser escritas, forman frases, se escriben cuando son dichas o antes de ser dichas (se piensan), frases en las que faltan palabras que encarnan los actores, etc. Solo aparecen en la pantalla alguna de las palabras de Laura.

S

ÁNGELES.— Busca otro límite, sombra... (A Ángel) Despierta, Laura te está esperando.

ÁNGEL.— Yo nunca duermo, no lo necesito.

LAURA.— Hola, Ángel, ¿puedes conectarte o... estás dormido?

ÁNGEL.— (Desde la cama) No puedo... dormir.

ÁNGELES.— (Se separa del ordenador. Habla con Ángel) Hazlo por mí. Te prometo contarle la verdad... en cuanto pueda, de verdad.

LAURA.— Ángel, necesito contarte una cosa.

ÁNGEL.— No me lo creo.

ÁNGELES.— Por favor... Ella me necesita, es la primera vez en mi vida que alguien me necesita.

ÁNGEL.— Es a mí a quien necesita.

ÁNGELES.— Qué más da.

ÁNGEL.— Sí que da.

LAURA.— Me gustó mucho el poema que me enviaste ayer... ¿fue ayer?...

ÁNGEL.— Hace días... le enviaste un poema a Laura que no era tuyo y no le dijiste que no era tuyo, es decir mío. La estás... la estamos engañando. Me siento un ser...

LAURA.— ¿Ángel...?

ÁNGELES.— ¿Un ser? Eres cruel, con ella no, conmigo, y ella te busca y yo... ¿no me ves? ¿Ni siquiera tú me ves? Mi corazón se acaba, Ángel, y tú puedes ayudarlo a respirar, tú, que eres médico, puedes acompañarme hacia el posible... ¿amor? Hacia el futuro que esté ahí, esperándonos, solo tú, que estás aprendiendo tantas cosas y tan deprisa... porque estás convirtiéndote en un hombre cada día más valiente y más real, pero...

ÁNGEL.— Pero tú no me escuchas, no te escuchas. Y te equivocas, yo soy tan frágil como tú, incluso más.

ÁNGELES.— Tú le gustas... ¿Por qué ahora? ¿Por qué precisamente ahora quieres irte? Ahora que tengo... que tenemos una amiga que

me mira y se alegra de mi felicidad, se ríe a mi lado, me pregunta ¿cómo estás?, me escucha, me hace sentir... especial, sí, una persona especial para ella, en la que confiar y que confía en mí. ¿Tienes miedo, Ángel? Yo nunca había tenido una relación así y tú lo sabes.

ÁNGEL.— ¿Una relación?

ÁNGELES.— Sí, no sé... Sí, todos los días y a todas horas nos conectamos, y me envía fotos y yo a ella música o poemas... cosas sencillas... y ella me cuenta y yo la cuido, la cuido y ella se ríe y cuelga... besos.

ÁNGEL.— (*Se ríe, una risa rara*) Besos. ¿Los emoticonos de besos son besos?

ÁNGELES.— Son... como besos, sí... y ella es... alguien a quien abrirle mi corazón antes de que se quede del todo dormido, y ahora tú no quieres ayudarme. ¿Qué te pasa?

ÁNGEL.— Laura no es tu amiga, Laura se está enamorando de ti.

ÁNGELES.— No.

ÁNGEL.— Sí.

ÁNGELES.— No.

LAURA.— Ángel... ¿Estás en casa?

ÁNGEL.— (*A Ángeles*) Sí. Tú no quieres verlo, tu corazón esférico no te deja verlo y además estás... presionándome a mí, o sea, a ti misma. Tu corazón ingrátido no lo sabe, pero tú y yo lo sabemos. Ten cuidado, puedes hacerte daño. La verdad es...

ÁNGELES.— ¿La verdad? ¿Cuál? La verdad está sobrevalorada.

ÁNGEL.— La verdad es que estás mintiéndole a ella, esa es la verdad, tú, que estás agazapada detrás de mí. Yo no quiero ser tu oscuro, Ángeles, no quiero ser tu sombra, porque a mí esto está empezando a dolerme y yo quiero ser... yo: tu parte honesta, tu parte luminosa, tu alegría, pero me estoy convirtiendo poco a poco y cada vez más en tu gran mentira.

ÁNGELES.— ¡Basta! Déjame tranquila, tú serás la parte mía que yo quiera que seas, no la que tú quieras ser.

Laura se gira hacia los dos.

Aparece en PANTALLA la frase: HOY ME HE CAÍDO DEL CABALLO.

ÁNGEL.— (Tiembla) Laura...

ÁNGELES.— ¿Estás bien?! ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Te duele algo? ¿Por qué no me has avisado? ¿Te ha visto un médico? ¿A qué hora ha sido? ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres contármelo? ¿Estás en casa o estás con el móvil?... ¿Te has roto algo?

ÁNGEL.— (Se acerca a Ángeles y coge su mano) Tranquila.

LAURA.— Tranquilo. Corazón...

SONIDO: latidos de un corazón alterado / acelerado.

Laura recuerda en voz alta. Sola.

Estábamos en la pista, estábamos trabajando, estábamos dándole cuerda a Tizón. Él tenía la cuerda en una mano y la fusta larga en

la otra, yo montaba a Tizón (*las palabras subrayadas aparecen en PANTALLA*) solo para que notara mi peso. Él tiró demasiado fuerte de la cara de Tizón y le dio un grito, yo me agarré con las dos manos a la montura, él me dijo que soltara la montura, yo no lo hice, él le dio un latigazo a Tizón en la grupa, yo grité, el caballo se asustó muchísimo, yo también me asusté, él me gritó a mí, yo apreté las piernas, Tizón empezó a galopar, yo perdí el equilibrio. Él tiró de la cuerda hacia el centro de la pista, yo me abracé al cuello de Tizón, el caballo se puso de manos, él nos insultó a los dos, yo me caí al suelo, él se acercó a mí, yo solo veía sus botas junto a mi cara, él no me miraba a la cara. Mi caballo saltó por encima de mí, yo sentí un fustazo en la espalda... En mi espalda. Yo no grité, Tizón se quitó la cabezada de un tirón, él me gritó, el caballo salió de la pista, él salió corriendo detrás de Tizón, yo me quedé sola. Estoy bien.

ÁNGEL.— (*A Ángeles*) Nos hacemos mucho daño unos a otros y después nos morimos.

ÁNGELES.— ¿Eso es todo lo que se te ocurre? (*A Laura*) ¿Un latigazo en la espalda?

LAURA.— Ya pasó todo, estoy bien, estoy... en casa. Tengo tantas ganas de... me gustaría muchísimo poder...

*Ángel entra de un salto en el espacio de Laura. Se abrazan.
Pausa/Silencio.*

ÁNGELES.— (*Mientras Laura y Ángel siguen abrazados. Los pies de Laura no tocan el suelo*) **Te quiero.**

ÁNGEL.— (*A Ángeles, en bajito*) **Te has pasado.**

MÚSICA. Sugerencia: "Corazón" de Bola de Nieve.

El cuerpo de Laura desciende al suelo. Ángeles los mira desde su espacio, y quizá se mete en su cama y se tapa, pequeñita. No se duerme. Ángel y Laura se besan, un beso largo. Después, Ángel "desabraza" a Laura y ella se queda ahí, quieta. Ángel se distancia, se apoya en la pared del fondo y escucha, solo eso, escucha.

PANTALLA: montaje de diversas imágenes de gente aprendiendo cosas: una niña que aprende a montar a caballo, una vieja que aprende a nadar, un niño que aprende a volar una cometa, un señor que aprende a podar un árbol, una mujer que aprende a leer...

LAURA.— *(No mira al público, no mira a Ángel ni a Ángeles. Sola)* Tengo 48 años y no he aprendido nada... y debería aprender, como mínimo, a quererme.

ÁNGELES.— *(Sola)* Tengo 58 años y no he aprendido nada... y debería aprender, como mínimo, a salvarme. Quizá me salve, o no, dejarme caer, sin el deseo carnal, humano, de descender al suelo, tranquila, sola, con mis plumas, con mi realidad tergiversada, con mis sueños borrados, con los que fueron míos, los que huelen a tierra y a follaje, los que no muerden, los que miran despacio y no desprecian. Quién sabe. No sé qué está pasando, corazón... Quizá me salve regresar al principio, tocar de nuevo lo escondido, detenerme un instante y mirarme como si fuera ahora primavera, y dejar que vuelvan a mí todas esas preguntas que antes me hacía, cuando la vida entera por delante parecía estar ahí para abrazarme.

LAURA.— Sí, aprender, como mínimo, a abrazarme. Quizá me salve, o no, este encuentro casual contigo, y este encuentro conmigo, tan repentino, tan improbable, este encuentro en el aire repleto de amor líquido. Quién sabe. Pero no sé quién eres tú, corazón, no te conozco. *(Silencio)*

ÁNGEL.— *(A Ángeles)* Está empezando a hablar igual que tú...

ÁNGELES.— *(A Ángel)* Dale la mano.

ÁNGEL.— *(A Laura)* Dame la mano.

TRANSICIÓN A ESCENA VIII

Laura se acerca a Ángel, le da la mano y los dos desaparecen.

VIII LA FOTO ROBADA

16 de febrero

ÁNGELES Y LORENZO

LUZ puntual sobre la cama de Ángeles, que está quieta y callada pero con los ojos muy abiertos.

Lorenzo corre en la máquina y, mientras, mira y acciona su teléfono móvil. LUZ puntual sobre la máquina de correr.

PANTALLA: Ángeles hablando. Se trata de una videollamada en la que solo vemos a Ángeles, posiblemente porque Lorenzo se haya negado a activar su cámara.

ÁNGELES.— Sí, lo siento, lo sé... No quiero vulnerar su espacio pero, por favor, escúcheme, es lo único que le pido... deme... tres minutos, dos, solo eso, tiempo para explicarme... Ya sé que es mucho pedir pero... por favor.

LORENZO.— Uno. Tiene un minuto, estoy cabreadísimo y no entiendo nada.

ÁNGELES.— Bueno, es difícil de entender pero usted es un hombre del siglo XXI y es muy inteligente, o eso creo.

LORENZO.— Al grano.

ÁNGELES.— Usted y yo nos parecemos, señor astronauta, mucho.

LORENZO.— Usted y yo, señora, estamos a años luz.

ÁNGELES.— Puede ser, pero vivimos aquí y ahora, y al mismo tiempo.

LORENZO.— El tiempo es oro, al menos el mío, así que explíquese o corto la comunicación, ya.

ÁNGELES.— Me gustó su cara, esa sonrisa suya que llenaba toda la pantalla, y los vídeos del espacio, y me gustó usted en el espacio, flotando, libre como un delfín...

LORENZO.— ¿Libre como un...? (*Se ríe*)

ÁNGELES.— ... y todas esas fotos de la Tierra vista desde fuera y desde tan tan lejos... qué belleza el planeta azul y qué suerte la nuestra... ¿no? Los dos estamos compartiendo el mismo planeta y usted, lo sé, no me conoce de nada, pero usted, aunque no lo sepa o no lo recuerde, ha podido verme, mirarme, sí, desde arriba, y yo... tan pequeñita, que no soy más que un átomo en medio del bullicio, una hormiga igual a todas las hormigas humanas que usted miraba desde arriba, yo... Quizá le sorprenda, pero yo sentía su mirada, señor astronauta. Porque yo siempre he mirado el cielo, desde pequeñita, desde que me dijeron, el día en que murió mi madre, que ella se había reunido con mi padre en el cielo. Menuda tontería, ¿no? Yo no les creí, pero eso no impidió que yo cada noche mirara las estrellas. Por eso conozco las constelaciones tanto o mejor que las montañas que rodean este lugar, mi casa, mi lugar en el mundo. ¿Sigue ahí... Lorenzo?

LORENZO.— Eso parece...

ÁNGELES.— Gracias. Por favor, no se vaya. Yo también conozco el vacío. Como usted, que no solamente lo mira desde fuera sino que ha estado ahí, dentro del vacío. Usted ha estado en el cielo

y ha podido escuchar el silencio del mundo, como yo, y además usted ha visto las ciudades desde arriba y las ventanitas de las casas con las luces encendidas, ¿no es así? Pero yo no he subido tan alto como usted, yo lo único que he hecho es abrir una de esas ventanitas, la mía, y mirarlo a usted, desde aquí, en mi ahora, en mi viaje hacia el interior de mí y de este ordenador, que es como un ojo de buey en medio del océano y que es lo único que me permite cada día y cada noche saltar fuera de esta cama y... navegar. Yo, lo único que he hecho, ahora, es mirarlo a usted de cerca, como si tuviera una lupa. Yo, lo único que he intentado hacer es ponerme a su lado. Y gracias a eso ha aparecido otra persona, Laura, que se ha puesto al mío, a mi lado.

LORENZO.— No, señora, no, usted lo que ha hecho es robar. Robar, señora, robar y entrar en mi espacio vital y virtual sin mi permiso, y eso es un delito y usted es una ladrona, ¿o es que no lo entiende?

ÁNGELES.— Yo no entiendo... casi nada. Yo solo sé, señor astronauta, que usted y yo tenemos una cosa, no, varias, varias cosas en común.

LORENZO.— Usted está loca.

ÁNGELES.— Estoy enferma, pero loca no. Yo tengo el corazón de astronauta, señor astronauta, como usted; mi corazón ha cambiado de tamaño y ahora es esférico, como el suyo, un corazón de astronauta que palpita a un ritmo cardíaco de 35 pulsaciones por minuto, como si hubiera sido sometido a radiaciones, como si hubiera sufrido la microgravedad, sí, como el suyo. ¿Por qué? No sé por qué, es así y ya está. Usted comprende los misterios del Universo, ¿no? ¿Sabe cómo nacen, viven y mueren las estrellas? ¿Sabe cómo se forma un agujero negro? ¿Sabe por qué en Marte hay un desierto? ¿Sabe cómo es el vacío y por qué está ahí, tan asombrado, tan frío? Yo no sé nada de eso, ya ve, ni siquiera sé

por qué nació un 29 de febrero y por qué no hay un día, solo un día pero siempre uno, para celebrar mi cumpleaños. Ni tampoco sé por qué yo tengo que morirme. *(Pausa)* ¿Usted lo sabe?

LORENZO.— El tiempo se ha terminado. *(Toca su teléfono)*

Fuera PANTALLA. A partir de ahora no vemos a Ángeles en la videollamada sino que empieza a vivir la escena en carne y hueso, en escena.

ÁNGELES.— *(Mira hacia el espacio de Lorenzo)* ¡No, todavía no me he terminado! Espere, ayúdeme, por favor, se lo suplico, señor astronauta, deténgase un segundo. ¡Deje de correr! *(Pausa)* Corre usted a la velocidad del miedo, ¿por qué? ¿Adónde quiere llegar? Usted vive dentro de su universo, como yo, pero puede que un día, hoy, ayer, mañana, algún otro universo pueda colisionar con el suyo, con el nuestro, otro universo que lo cambie todo, incluso a usted o su manera de mirar, de temblar, de escuchar... que cambie incluso sus recuerdos, quién sabe.

LORENZO.— No sé de qué me está hablando.

ÁNGELES.— ¿Usted sabe escuchar? Por favor, escúcheme, porque quizá yo sea como la luz de una de esas estrellas que usted ha visto tan de cerca, la luz que sigue llegando viva hasta nosotros, aun cuando la estrella ya está muerta.

LORENZO.— Mire, yo sé todas esas cosas de las que usted habla y sin saber nada, y no me sirven de nada.

ÁNGELES.— Lo sé, por eso yo lo elegí a usted. No fue solo por su carita de ángel, fue porque usted ha salido de aquí, porque ha sido capaz de despegarse de la tierra y porque usted ahora ya no vuela, señor astronauta. Le han cortado las alas. ¿Por eso correr le gusta tanto? ¿Es por eso?

LORENZO.— Oiga, no... no se pase de lista. Déjeme en paz. No me apetece relacionarme con usted, ni con usted ni con casi ningún otro ser humano, yo estoy bien donde estoy y no quiero “colisionar” con ningún otro universo, ni humano ni animal ni interestelar. Voy a cortar...

ÁNGELES.— Míreme, por favor. Yo soy buena persona y el hombre que he creado con su cara, mi Ángel, también es un hombre bueno. Sí, yo... le he robado su foto, sí, es cierto, lo siento infinito, de verdad, lo siento... pero a mí, gracias a su foto, ahora me miran. Y ella, ella... Laura, le ha robado el corazón a usted... bueno, a un usted que no es usted, a un usted que es... mi Ángel, y él soy yo, y por eso ahora yo lo necesito a usted.

LORENZO.— Pero yo no quiero saber nada más de usted.

ÁNGELES.— ¿Por qué? ¡Laura es un sí! Se merece un sí, su palabra preferida es *sí*... ¿Usted alguna vez se ha sentido... necesitado por alguien?

LORENZO.— *(Aparta de sí el teléfono, le habla directamente a ella aunque no abandona su espacio)* Mire, señora, yo no quiero ni necesito nada de usted, ni tampoco de esa tal Laura, que no sé quién es. Cierre, borre, anule ya o haga desaparecer inmediatamente ese perfil falso de Facebook que ha abierto con mi cara o pondré esto en manos de la policía. Corto. Se acabó. *(Apaga el teléfono)*

En el espacio de Lorenzo se apaga de golpe la LUZ puntual. El espacio de Ángeles sigue iluminado.

ÁNGELES.— *(Pausa)* ¿Se acabó? *(Silencio)* Mi Ángel es mejor que usted. No me extraña que ella se haya enamorado de él y no de usted, no me extraña que ella quiera meterse dentro de él y no de usted, saber cómo huele y a qué sabe, escuchar cómo respira, penetrar su deseo y no el de usted, ser libre con él, no con

usted. No me extraña que ella quiera mirar el paisaje que hay en sus ojos, cuidar la alegría y la templanza que hay en su vida, sentir la calidad de su paz, la ternura, la fuerza de sus sueños, porque él es... es un ser... un ser humano mucho más real que usted, señor astronauta. Y mejor. Y no me lo he inventado yo, ya ve, ha sido él solo quien se ha hecho a sí mismo, yo únicamente le he dado mi confianza. Y mi palabra. *(Se toca el corazón. Se calma)* Pero yo ahora a quien necesito de los dos es a usted. ¿Qué puedo hacer? Necesito su curiosidad... y su coraje, pero también su voz, su piel, sus manos, su pelo, su boca... y no se preocupe, que el corazón ya lo pongo yo.

Ángeles se derrumba, se arroja y su cuerpo desaparece debajo de las sábanas.

TRANSICIÓN A ESCENA IX

Lorenzo detiene la máquina de correr y sale.

IX
LA FOTO DE CUERPO
18 de febrero
ÁNGEL, LAURA Y ÁNGELES

Ángeles duerme, intranquila, en su cama. Ángel baila en su espacio, libre, hasta que hace una pausa y se acerca a Ángeles. La mira. Laura, en su espacio, también baila haciendo los mismos movimientos que Ángel, pero cuando él se detiene, ella sigue bailando, libre. En la espalda de ella hay una marca, una señal, una serpiente amorata. El latigazo.

ÁNGELES.— *(En sueños)* Mi niña...

ÁNGEL.— *(Arrojando a Ángeles)* Se ha quedado dormida.

LAURA.— Tu niña...

ÁNGEL.— Últimamente está nerviosa. Por las noches tiene pesadillas, habla en sueños, no baila, se retuerce...

LAURA.— *(Deja de bailar)* ¿Qué dice?

ÁNGEL.— Dice... palabras.

En la PANTALLA se proyectan imágenes de Uruguay y de Valdemorillo, y palabras: SUEÑO / NECESITO / ¿QUÉ PASÓ?...

LAURA.— ¿Qué pasó?

ÁNGEL.— Yo estaba en... (*Mira hacia la cama de Ángeles*) ¿Dónde estaba? (*A Laura*) No estaba aquí, no estaba en casa, esa tarde clavé listones de madera en todas las ventanas porque habían anunciado la llegada de un ciclón, el ciclón Ophelia. Se bautiza con nombres hermosos y humanos a los ciclones para que luego el viento arrase las casas y las cosas, y los nombres de las cosas y de las casas. Mi hija se llama como se llamaba su madre.

LAURA.— Tiene un nombre precioso, tu hija.

ÁNGEL.— Y tú.

LAURA.— ¿Puedes decirlo... mi nombre?

ÁNGEL.— Laura.

LAURA.— Solo las cosas que se nombran existen.

ÁNGELES.— (*En sueños*) Eso es mentira.

LAURA.— Es verdad, es mentira. (*Pausa*) También las cosas que se imaginan existen.

ÁNGEL.— ¿Ah, sí? Y tú, a mí... ¿cómo me imaginas?

LAURA.— En una hamaca.

ÁNGEL.— ¿Una hamaca?!... ¿Por qué?

LAURA.— No lo sé, porque sí, porque quiero. Veo la hamaca vacía y luego veo tu cuerpo en la hamaca, tranquilo, casi dormido pero no dormido. Y tú, a mí, ¿cómo me imaginas?

ÁNGEL.— En mi hamaca.

LAURA.— *(Se ríe)* No... de verdad, dímelo.

ÁNGEL.— Con las botas puestas y los ojos verdes.

LAURA.— *(Pausa)* Ángel... ¿qué pasó?

ÁNGEL.— ¿Cuándo?

LAURA.— Cuando el ciclón Ophelia se llevó tu casa tus cosas tus nombres... ¿Qué pasó, cielo?

ÁNGEL.— Que el cielo se rebeló contra la tierra, que la madre de Anaïs se puso de parto, que solo una vecina pudo llegar hasta nuestra casa, que el ciclón arrancó los tablones de las ventanas, que al amanecer yo volví a casa y mi mujer se había transformado en un cuerpecito de tres kilos con carita de ángel, pero ella ya no estaba. Se rompió por dentro, así es la vida.

LAURA.— ¿Cómo?

ÁNGEL.— Un vendaval.

LAURA.— Lo siento.

ÁNGEL.— *(Silencio)* ¿Y tú?

LAURA.— Yo también hablo en sueños, pero no sé lo que digo, no me escucho a mí misma.

ÁNGEL.— ¿Y te acaricias?

LAURA.— ¿Que si... me...?

ÁNGEL.— No, bueno, vamos a ver... ¿En qué has pensado...?

LAURA.— En tí. Oye, no pasa nada. Además, la pregunta la has hecho tú, no yo... Somos almas con cuerpos, ¿no? ¿O tú no sientes o no tienes cuerpo? ¿Qué pasa... eres un hombre virtual, un holograma, una idea, una ilusión, un secreto, un agujero negro, un misterio, un invento de mi imaginación, una nube, un cocodrilo, un sopló de viento... o qué?

ÁNGEL.— Pues sí, soy todas esas cosas, igual que tú, Laura. ¿O no eres tú tan virtual como yo?

LAURA.— Sí, o más... puede que lo sea. Pero yo soy también mi cuerpo. *(Pausa)* Ángel, gracias. *(Pausa)* ¿Sabes?... El día que te conté lo que pasó en el picadero sentí que... me abrazabas. Mis pies se levantaron del suelo y noté tu cuerpo pegado al mío apretándome fuerte, en el aire pero fuertemente, como si estuvieras conmigo, a mi lado, y después nos dimos un beso que duró mucho tiempo y pensé... bueno, no pensé nada, deseé que estuvieras en ese instante de verdad conmigo, en mi casa de madera, en una playa de Uruguay, conmigo en cualquier lugar del mundo, en un rascacielos, dando un paseo a caballo, a mi lado, o en un bar lleno de gente, en Italia, en una terraza, en el camarote de un barco, en una cocina, en un jardín, en un puente, en un puerto, en un teatro, en tu verano, en mi invierno, en medio de la lluvia, en la tierra.

ÁNGEL.— Eres muy bonita.

LAURA.— ¿Tú crees?

ÁNGEL.— Te pareces un poco a un pájaro que solo existe en Uruguay, plateado, con la cabeza roja y tímísssimo.

LAURA.— Yo no soy tímísssima...

ÁNGEL.— Pues yo sí.

LAURA.— Lo sé.

ÁNGEL.— Lo sabes, qué extraño. ¿Por qué lo sabes?

LAURA.— Porque nunca hablas de ti, de tu cuerpo. ¿Eres cojo, eres friolero, eres zurdo, eres sucio, te duele la tripa, te afeitas, eres fuerte, eres dulce, eres sangriento, tienes pecas, lunares, hambre?

ÁNGEL.— Tendría que... preguntarlo, y ahora ella está dormida, o está soñando. No lo sé.

LAURA.— ¿Tu hija?

ÁNGEL.— La persona que más cosas sabe de mí.

LAURA.— Algún día, si me dejas, hablaré con ella.

Silencio. Ángeles se revuelve en su cama. Ángel se acaricia la cara con las manos para comprobar que existe. Laura entra despacio, casi de puntillas, en el espacio de Ángel/Ángeles.

Ayer por la tarde entró un pájaro, ¿sería el tuyo?, en mi habitación. Y no sé cómo entró porque la puerta y las ventanas estaban cerradas. Hace frío aquí.

ÁNGEL.— ¿Y qué hiciste? Aquí nunca hace frío. Le pegaste un tiro.

LAURA.— (Se ríe) ¡No!

ÁNGEL.— Sí, y después te lo comiste.

LAURA.— Sí, claro, con patatas... Abrí la ventana para que no siguiera golpeándose contra las paredes. (*Silencio*)

ÁNGEL.— Hay que intentarlo.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Quererse.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— No golpearse.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Es posible.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Es fácil.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— ¿Te duele la cicatriz?

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Laura, tengo que decirte una cosa.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— (...)

LAURA.— ¿Sí?

ÁNGEL.— Voy a soñar contigo esta noche para poder abrazarte.
¿Quieres?

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Voy a decirte palabras al oído.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Voy a escuchar cómo respiras.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Voy a tocar tu pelo.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Voy a soplar alrededor de tu cuello.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Voy a posar mis manos en tu espalda.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Y con la yema de los dedos voy a buscar tus huecos.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Eres libre, Laura, libre. ¿Lo sabes?

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Quiérete.

LAURA.— Sí.

ÁNGEL.— Y otra cosa.

LAURA.— ¿Sí?

ÁNGEL.— El no día 29 de febrero celebraremos juntos nuestro no cumpleaños.

LAURA.— ¡Sí!

ÁNGEL.— Y otra cosa más, si algún día tú... me quieres, quíereme de verdad.

LAURA.— ¿De verdad?

ÁNGEL.— Sí. Yo haré lo mismo.

LAURA.— ¿Sí?

ÁNGEL.— Sí.

MÚSICA. Sugerencia: "Pa' llegar a tu lado" de Lhasa de Sela.

Laura se mete en la cama de Ángeles, que sigue dormida. La abraza por la espalda, le acaricia el pelo, se queda dormida, o no, junto a ella. Ángel las mira y después inicia la salida, pero Ángeles se despierta y lo detiene.

ÁNGELES.— ¡Ángel! Escucha... Le he dado muchas vueltas y, al final de una de ellas, he mirado de cerca y desde dentro su cara verdadera, su cara que no es tuya ni mía, su cara de carne y hueso, y le he pedido ayuda.

ÁNGEL.— ¿A quién?

ÁNGELES.— Al otro, al astronauta... Pero hace frío, mucho frío, en este espacio de redes sin cables en el que me he metido, es todo tan extraño, tan frágil, tan líquido... nadie conoce a nadie. Aquí todo es mentira y es perfecto.

ÁNGEL.— Ya, y todo lo perfecto se derrumba.

TRANSICIÓN A ESCENA X

Ángel se acerca a la cama donde están las dos mujeres, toma a Laura en brazos y la posa, dormida, en una hamaca/red que ha descendido desde el telar al centro del escenario (tierra de nadie). Y se queda en escena, mirándola, dentro de su penumbra.

X
LA FOTO SALVADA

19 de febrero

ÁNGELES Y LAURA. ÁNGEL (*no habla*)

*Laura está dormida en su hamaca/red. Ángeles está en su cama.
Ángel está.*

ÁNGELES.— Laura, no hay nada que aprender, el amor no se sabe, se parece a ese pájaro que ayer entró en tu cuarto y tú dejaste ir para que no siguiera golpeándose contra las paredes. Déjate sentir, no amances tu corazón, quíerete así, con tus defectos y tus cicatrices, a ras de tierra, como en un nido oscuro una paloma. El amor existe, no se sueña no se presiente no se intuye: pasa. Yo apenas te conozco, no sé cuál es la herida que te ronda ni si es antigua o la has abierto ahora. Pero sé que te gusta el campo, la tormenta, tu caballo, la carretera por delante, el mar, el mar, el mar, los días largos, la soledad tranquila, las palabras azules, que te toquen el pelo, que te hablen despacio, galopar, reírte todo el tiempo. Que te acaricien, que te piensen, que te dejen estar. Confía. La vida es eso, la de ahora, la que te está pasando, y si tú no quieres no ha de ser un relámpago, ni un huracán, ni un perro arrancándote la ropa, pero tienes que desearla poderosamente, reencontrarte con ella. Yo soy mayor que tú y llevo sola... no sé, ya no quiero acordarme más que de mi presente, y no sé nada, nada que tú no sepas, pero he entendido que puede haber alegría y primavera solo si es uno mismo quien decide tocarla. Ya ves, yo que no sé ni he aprendido a salvarme, estoy aquí, despierta, intentando ayudarte... Yo no puedo abrazarte, Laura, no puedo aprender nada por ti, no puedo ser más fuerte que tú, pero sí

puedo regalarte lo único que tengo: mi ilusión. Y te la regalo a ti, que la necesitarás más que yo cuando yo me haya ido.

Sigue hablando Ángeles, pero Ángel comienza a mover los labios.

Te regalo a mi Ángel, porque solo tú lo has mirado, me has mirado, me has visto a mí y a él y a los dos juntos, nos has dado tu confianza y nos has hecho un regalo: tu inmenso corazón. Pero hoy tengo que decirte una cosa: Ángel, quizá, se irá conmigo, se borrará de la faz de la tierra, te dejará sola de nuevo pero tranquila, y tú regresarás, sin darte cuenta, a todas esas cosas que tanto necesitas, a las tuyas, a ti. Porque no existe astronauta en el mundo que pueda salvarte, y además tú no lo necesitas. *(Pausa)* Ángel ha sabido curar, cuidar, mecer mi corazón enfermo, para eso lo inventé, y lo ha hecho bien, muy bien, porque tú estás conmigo. Pero ahora él dice y yo siento que te estoy mintiendo, y a mí me duele tanto... que ya no sé qué hacer. ¿Soy mentirosa, cruel, egoísta? No lo sé, lo que sí sé es que no tengo el valor para decirte que todo esto es... mentira.

TRANSICIÓN A ESCENA XI

Ángel se acerca a Laura y la hamaca comienza a mecerse sin que él la toque. Laura y la hamaca giran y giran hasta dar vueltas en una espiral.

XI
LA FOTO QUE NO ERES

22 de febrero, de noche

ÁNGELES Y ÁNGEL

La hamaca ha desaparecido de escena y Laura ya no está. Ángeles y Ángel están en su espacio, él camina nervioso y ella permanece quieta.

ÁNGEL.— Para rematar la escena, hace tres días te dejaste llevar y hablaste con Laura como si yo no estuviera, y ahora ella y yo apenas nos comunicamos, pero yo estaba ahí, con ella, contigo. Yo tuve con ella una escena... de amor, sí, y fue real. Tú nos dejaste solos, nos dejaste juntos, nos has dado este espacio, el nuestro, y ahora ella... no creo que entienda nada, ni yo mismo entiendo qué es lo que estás haciendo...

ÁNGELES.— Tampoco yo lo entiendo... Estoy como ella... ¿aprendiendo?

ÁNGEL.— ¿No lo entiendes? ¿Aprendiendo? No me lo creo. Sí lo de en entiendes, estás quitándome del medio.

ÁNGELES.— No, y si lo hice no creo que me escuchara. Ella ahora solo te escucha a ti, te espera a ti, te conoce a ti, te mira a ti, es a ti a quien sueña y es contigo con quien desea encontrarse.

ÁNGEL.— Pero tú sabías que esto pasaría. Lo sabías, ¿no?

ÁNGELES.— No... sí... no lo sé. Yo quiero que me quieran y se lo

dije a ellos, a todos, a los de fuera. Pero no así, así no... lo siento... no a costa del dolor o la angustia de nadie...

ÁNGEL.— ¿Y qué hacemos ahora?

ÁNGELES.— Lo que haya que hacer lo haré yo sola, es mi responsabilidad.

ÁNGEL.— También yo soy tu responsabilidad, tú me has creado, me has dado una casa, un paisaje, una estación del año, una manera de ser, de estar, de amar, de comer, de caminar, de mirar, de respirar, de hablar...

ÁNGELES.— Tú no puedes hablar, es mía tu voz y tu palabra es mía, por eso ahora yo puedo hacer contigo lo que quiera. Y algo tengo que hacer.

ÁNGEL.— No, ya no, ahora mi voz es propia, lo siento. Tú has volcado en mí tu ilusión, tu pensamiento, y yo lo he transformado en... yo le he dado sentido.

ÁNGELES.— Ya, ¿y qué sentido es ese? Estás demasiado orgulloso de ti mismo.

ÁNGEL.— ¿Eso crees? Yo le he dado forma. También la forma importa, no sé si tanto o más, o menos, que el sentido, pero la forma importa.

ÁNGELES.— Ya. La voz a ti debida...

ÁNGEL.— Eso no es tuyo.

ÁNGELES.— Ni tuyo.

ÁNGEL.— Ni yo, tampoco yo soy tuyo, ya no.

ÁNGELES.— No seas niño...

ÁNGEL.— La niña eres tú, que te has metido en este laberinto y ahora piensas que rompiendo una foto se puede borrar toda una vida, mi vida.

ÁNGELES.— ¿Y no es así?

ÁNGEL.— No, no es así, los actos tienen sus consecuencias, querida.

ÁNGELES.— No me des lecciones, Ángel. ¡Y siéntate, que no paras de dar vueltas! Te pareces a mí con 30 años.

ÁNGEL.— ¿Y las vueltas que me quedan por dar? Quieras tú o no quieras. Pues sí, la vida da muchas vueltas, la Tierra da vueltas, la Luna da vueltas... pero solo cuando uno se detiene a pensar, a sentir, lo que le pasa, la vida recupera el eje... y su sentido. Y no se puede, Ángeles, no se puede salvar a nadie de nada, solo se puede amar a las personas, pero salvarlas... ¿de qué... de quién... de sí mismas?

ÁNGELES.— Ay, mi dulce astronauta, sigues siendo mi mejor parte, mi Ángel... No me siento bien, nada bien... hace... ¿hace frío?

ÁNGEL.— (*Se detiene, se acerca a ella*) Ángeles, *respira*, tú me enseñaste esa palabra y lo que significa. (*La toca*) Yo... quiero vivir. Tú me has dado forma y ya no estás sola. No estás sola. Es lo que querías, ¿no? Y ahora, y tú lo sabías, porque lo sabes, esto se te ha ido de las manos, sí, pero yo he curado tu corazón y, sin embargo, tú ahora quieres borrarame, volver a tu soledad silenciosa, volver a tu escondite, ser de nuevo una oruga... Pero hagas lo que hagas tienes que contar conmigo, no es tan fácil. ¿Estás celosa?

ÁNGELES.— Mi responsabilidad ahora es borrararte a ti, no a mí misma... ¿Celosa de quién?

ÁNGEL.— Celosa.

ÁNGELES.— *(Pausa)* Sí.

ÁNGEL.— Bueno, ya está, por fin estás siendo sincera. Quizás ahora podamos empezar a hablar. Ángeles, escúchame, yo soy... yo soy tu alegría, o al menos es eso lo que quiero ser. No me borres, por favor, deja que tu alegría se apodere de ti, no tengas miedo, no has hecho nada malo, has abierto tu corazón, has abierto en ti tu risa, tu ternura, tus ganas de vivir, tu deseo, has sido valiente, has entrado en un mundo que no conocías y has sido libre ahí dentro y aquí fuera, te has dejado sorprender y mirar, has sido vista, has sido escuchada y te han escuchado, has compartido lo que te gusta, lo que te entristece, lo que te da rabia...

Ella mira al frente, al público.

ÁNGELES.— Yo no, has sido tú quien ha hecho todo eso...

ÁNGEL.— No, querida, los dos juntos. Tu voz ahora es tan mía como tuya es la mía, llena de miedo, sí, contradictoria, imperfecta, rota, vulnerable... enamorada.

ÁNGELES.— *(A él)* Yo no estoy...

ÁNGEL.— Puede que no, puede que no toda tú, puede que solamente una parte de ti, puede que la otra parte de ti tenga miedo de verlo o de admitirlo, es más, de necesitarlo, pero en cualquier caso eso es lo que has provocado: amor.

ÁNGELES.— Amor...

ÁNGEL.— Amor. Y no todo el mundo es capaz de eso, casi nadie es capaz de eso, así que no te sientas mal, siéntete, sí, responsable de haberlo hecho, pero no culpable. Si Laura se alegra de que existas

y exista yo, si quiere verte, tocarme, olerte, abrazarme, besarte, morderme, conocerte, soñarme... tú, yo, no tenemos la culpa.

ÁNGELES.— ¿Y quién la tiene, entonces?

ÁNGEL.— ¿Ella misma?

ÁNGELES.— Eso es cruel.

ÁNGEL.— ¿Por qué? No es cruel, es real, y en el mundo real es igual de real el amor que la crueldad.

ÁNGELES.— ¿Y tú cómo lo sabes? Tú no perteneces al mundo real, no sabes nada del mundo real.

ÁNGEL.— Quizá no, es verdad. ¿O es mentira? Quizá yo sea tan irreal y tan real como... el amor. ¿Qué hay de real, de certero, de medible, de tocable, de visible, incluso qué hay de bello... en el amor? La alegría, solo eso, creo.

ÁNGELES.— No lo sé, tal vez una cosa, tal vez solo una cosa más: ¿la confianza? Laura confía en mí, en ti, en nosotros... Y ahora vamos a dejarla sola, bueno, no hay más remedio que tú la dejes sola... No, sí, sí, no... yo tengo que convencer al astronauta al que le robé tu cara para que se deje ver, para que se encuentre con ella, para que sea él quien la abrace sobre la Tierra.

ÁNGEL.— Pero ¿por qué en tu mundo todo el mundo desea lo que no es, lo que no tiene, lo que no hace? No lo entiendo. Además, el astronauta está más en el aire que tú y que yo, él sí que no existe para ella. Él es tan tan real que no existe.

ÁNGELES.— Pero existirá si tú y yo nos retiramos y dejamos que ellos...

ÁNGEL.— ... se desencuentren.

ÁNGELES.— ¿Por qué? O no, puede ser que... puede que...

ÁNGEL.— Eres una romántica. Nadie conoce a nadie, tú lo has dicho antes.

ÁNGELES.— Sí, lo soy, una romántica. Como tú.

ÁNGEL.— (*Casi agresivo*) No dejaré que me sustituyas, no dejaré que eso pase.

ÁNGELES.— Puedo desenchufar el ordenador hasta que se agote la batería y no volver a encenderlo jamás.

ÁNGEL.— ¿Ah, sí? No sabía que eras tan ingenua...

ÁNGELES.— Mejor ser ingenua que cínica.

ÁNGEL.— ¿Mejor, por qué? Lo que está en la red seguirá estando ahí aunque tires tu portátil por la ventana o lo destroces a martillazos.

ÁNGELES.— Ya, bueno, pues hago clic, un clic y ya está. Con un clic se estalla una bomba, con un clic puede borrarse una ciudad entera con sus colegios, sus hospitales y sus supermercados.

ÁNGEL.— ¿Así que yo para ti valgo eso, un clic? No, no dejaré que me borres a mí para que él aparezca. No dejaré que me mates. ¿Y el presente? ¿Y mi hija?

ÁNGELES.— ¿Cómo? ¿Qué hija?

ÁNGEL.— Anaïs, mi niña. ¿Vas a dejar huérfana a mi hija?

ÁNGELES.— Pero ¿qué dices! Tú no tienes ninguna hija.

ÁNGEL.— ¿Cómo que no? Claro que la tengo, tiene un nombre, tiene un padre, tiene un... futuro.

ÁNGELES.— Ángel... escucha.

ÁNGEL.— ¿Y los enfermos que cuido? ¿Qué será de ellos cuando su cardiólogo de confianza desaparezca?

ÁNGELES.— Te estás volviendo loco, corazón.

ÁNGEL.— Vas a romperles a todos el corazón.

ÁNGELES.— Cálmate.

ÁNGEL.— ¿Y mi limonero, mi patio, el pato salvaje que vive en mi patio, mis amigos, la ropa que huele a mí, las uñas que me muerdo, la alarma del reloj que me despierta, los nudos de mi pelo, el olor del café que me tomo, el mate que preparo, el barro que se pega a mis zapatos, el camino que recorro para llegar hasta mi casa, el azul cobalto de mi cielo, mi palabra preferida, mi horizonte, mi playa, mi faro, mis pájaros...?

ÁNGELES.— Nada de eso es tuyo.

ÁNGEL.— ¿Y de quién son las brazadas que doy cuando nado, las canciones que canto, las *costillas*... cosquillas que tengo, la risa que me da, los tomates que cultivo, el vino que me bebo, el lunar de mi cara, la forma de mis ojos, los besos los besos los besos que me han dado... la foto que yo soy...?

ÁNGELES.— La foto que no eres.

ÁNGEL.— ¿Que será de todo, de todo eso?

ÁNGELES.— Todo eso, amor mío, morirá contigo.

ÁNGEL.— No, no, no quiero.

ÁNGELES.— Es lo que siempre pasa, mi amor, es lo que pasa siempre en tu mundo, en el virtual, en el mío, y también en el mundo real. (*Lo acaricia*) Ángel, hay tantas muertes como seres vivos sobre la tierra, pero solo hay una que de verdad nos sirva para aprender algo: la propia. Cielo, los lugares que has recorrido, las personas a las que has amado, la tierra que has cultivado, la ropa que te has puesto, las palabras que has dicho... se irán contigo cuando tú te hayas ido porque, aunque nada se borre del todo, aunque todas esas personas, palabras, lugares, cielos o estrellas permanezcan, nada será lo mismo si tú ya no los tocas, porque cada espacio que uno habita, cada paisaje que miramos, cada piel que se acaricia, cada beso que damos... es único, es propio, porque solamente cuando se personaliza se hace humano y propio el mundo. Por eso tú tienes tu mar y yo el mío, yo tengo mi Uruguay y tú el tuyo, yo tengo mi casa, mi calle, mi lluvia... y tú los tuyos. Tu experiencia, Ángel, es tu emoción y tu emoción ha sido también la mía. ¿Te parece poco? ¿Qué más? ¿Qué otra impronta quieres dejar, dejarnos, antes de irte, que la de haber sido capaz de estar vivo, tan vivo como tú lo has estado? Muy poca gente es capaz de eso, mi amor.

ÁNGEL.— No dejaré que me mates, tú me conoces...

ÁNGELES.— Ya te lo dije antes, nadie conoce a nadie, y en cambio tú y yo sí nos hemos conocido. Quién sabe, puede que ese sea, precisamente, el mejor final... o el fin, la finalidad de una vida entera, conocerse a uno mismo... y quererse.

ÁNGEL.— No puedes, no puedes hacer desaparecer al hombre que ha venido a este mundo a cuidar de ti y de tu corazón de astronauta.

ÁNGELES.— Sí puedo, corazón, sí puedo. Y me duele en el alma. (Se ahoga, siente arcadas y después un pinchazo en el pecho acompañado de un fuerte dolor ácido que se extiende por su brazo izquierdo) Y solo tengo una palabra más para enseñarte: *gracias gracias gracias*. (Se marea)

ÁNGEL.— (Tomándola en sus brazos) ¡Ángeles... Ángeles!

TRANSICIÓN A ESCENA XII

AUDIO: Se escuchan los latidos de un corazón mezclados con una respiración alterada y con el sonido insistente de la llegada de mensajes a un teléfono móvil u ordenador, pero además entran en el audio relinchos de yeguas en celo y un golpear repetitivo de cascos de caballos.

ESCENARIO: El viento entra en escena y lo remueve todo: la ropa, el pelo, las sábanas, los papeles... Todo lo que hay en el escenario se mueve. Las personas se aferran a lo que sea o a lo que pueden. Modifican las posturas de sus cuerpos para no ser arrastradas por el viento.

XII

LA FOTO REPETIDA

28 de febrero

LAURA Y LORENZO

El viento y su ruido cesan poco a poco.

Cae la LUZ, fría, sobre la máquina de correr que se encuentra en el espacio (central) de Lorenzo, el astronauta, en el que él todavía no está.

Se ilumina el espacio de Laura, en el que ella sí está.

LAURA.— *(Sola. Deslavazada, camina por su espacio alejándose y acercándose a su ordenador)* Mi casa a miles de kilómetros de la tuya nunca había sido una distancia grande ni pequeña. Es más, nunca había sido “distancia”. Ángel, ¿dónde estás? Un viento de 120 kilómetros por hora son muchos kilómetros de viento dentro de una sola hora. Hace más de 48 horas que no sé nada de ti, concretamente hace 49 horas que no sé nada de ti, 49, sí, como los años que tengo que cumplir el mismo día que tú, ese no día 29 de febrero en el que tú dijiste que celebraríamos juntos nuestro no cumpleaños. Ese día que este año no existe, ¿tú existes, Ángel? Todas las cosas que me has dicho o me has contado, ¿existen? *(Pausa, mira el cielo)* Te mando 29 besos, 29 pájaros, 29 manos, 29 canciones, 29 señales, 29... Ángel... ¿qué viento huracanado te ha llevado? Tengo que localizarte tengo que localizarte tengo que localizarte voy a localizarte como sea... amor... te has esfumado amor ya te has borrado ¿qué ha pasado? 120 multiplicado por 49 son los 5.880 mensajes que te he dejado y los besos y las palabras que te he enviado. Y no contestas. *(Pausa)* ¿Por qué no contestas?

Sale Lorenzo vestido con su mono blanco, con una escafandra de astronauta en la cabeza y con su móvil, del que cuelgan unos cables y los cascos. Se sube a su máquina, la acciona y comienza a correr mientras Laura, en su espacio, continúa hablando. No hay contacto entre ellos.

Ya no sé qué hacer, cielo, si tú... si me hubieras dado, no sé, algo tan sencillo como tu teléfono o yo qué sé, tu dirección exacta, tu segundo apellido... o el nombre de tu madre de tu primo de tu tía de tu amiga o tu talla de pie, las coordenadas de tu casa o de un lunar en tu cara... [Algo algo algo que te ubicara! Algo para seguir tu rastro, corazón. Pero no, tú y tu ingrátido misterio, que es tan romántico, sí, romantiquísimo, pero que a mí ahora se me escapa y no lo entiendo. No sé, quizá no haya ya nada que entender. Qué mierda. ¿Dónde estás?!... Y encima ese tornado, ese “ciclón frontal extratropical” o como se llame, esa tormenta salvaje que se ha desatado como un monstruo de la naturaleza pero que yo solo puedo sentir desde lejísimos o verlo dentro de una foto mezclada con otra foto, y de ninguna foto entiendo nada o es que todas las fotos son la misma o es que tú eres la foto que no eres. Hace dos días hablaron de la alerta naranja y sacaron todas esas imágenes del mar comiéndose a la tierra y del cielo roto y atravesado de árboles con alas... dicen que es un tornado que llega desde Miami y se desliza hacia abajo como una serpiente venenosa, pero a este ciclón no le han puesto nombre, creo... Me estoy volviendo ingrátida... estoy empezando a hablar como hablas tú, pero yo no soy como tú, yo no soy un fantasma, yo no tengo miedo, Ángel, *amore*, ¿qué te pasa?... Envíame una señal... ¿Estás vivo?...

Suena el móvil en el espacio de Lorenzo. No lo coge. Suenan pitidos que indican la entrada de mensajes. No hace caso. Se quita la escafandra y cuando vemos su cara aparece en la PANTALLA la página de Facebook del astronauta Lorenzo López (que reconoceremos porque lo hemos visto al principio, cuando Ángeles robó

su foto: la misma portada, la misma foto de perfil, su nombre y sus datos reales). Él está angustiado, no respira bien. Se pone los cascos y mira el teléfono. Se abre en su perfil la ventana del Messenger y entran mensajes consecutivos de Ángeles/Ángel (se ve la carita de Ángel dentro del círculo) que dicen: "Me encuentro mal/por favor/Hola, astronauta/Mi corazón/¿Está conectado?, ¿Puede verme?/Ayúdeme, usted puede/usted es una persona, no lo olvide/Búsquela/a ella, entre en contacto con ella/Confíe, confíe/Dígaselo todo/Ayúdeme/Búsquela".

Cuando esto ocurre, en el espacio de Ángeles el ordenador parpadea y emite una luz azul, golpeada, que estalla brevemente en la pantalla.

LORENZO.— No. No estoy, no puedo estar, no quiero. Yo no puedo, no puedo ayudarla... lo siento.

LAURA.— Te siento... tan lejos.

LORENZO.— Es increíble esta mujer, no se rinde... ¿no te rindes? Y el falso perfil mío, bueno suyo pero de mí, mío o suyo... ¡Mi cara! Sigue ahí, *shit*, ¡no lo ha borrado!

LAURA.— Es como si en el centro de tanto viento huracanado tu carita de ángel se hubiera quedado fija, imborrable, mirándolo todo, ahí, detenida, sola...

LORENZO.— Esta señora debe de estar muy sola, pero no es mía la culpa, no, no pienso sentirme culpable, ya tengo bastante con lo mío.

LAURA.— ¿Qué te pasa, amor? ¿Tengo yo la culpa de tu...? Quizá no haya sido el viento en el aire sino yo quien te distancie... la culpa pegada a mi paladar como un chicle...

LORENZO.— (*Baja la intensidad de la carrera de su máquina, se abre la cremallera del mono de astronauta*) Me estoy... Respira, todo está bien, hay un arriba, hay un abajo y esta angustia no durará infinito.

LAURA.— Qué infinito silencio. (*Pausa*)

LORENZO.— Todo lo que necesito es silencio. (*Silencio*) Y que nadie me observe... ni me juzgue, ni trate de cambiarme... ni esa mujer que ha cambiado mi cara por la suya... ni ninguna otra persona. (*Baja aún más la velocidad de su carrera, ya solo camina*)

LAURA.— ¿Por qué no me buscas?

LORENZO.— Porque no hay motivos para que yo pueda confiar. No confío...

LAURA.— ¿Por qué no has cambiado ninguna foto?

LORENZO.— ¿Por qué has elegido mi foto? (*Empieza a quitarse el mono de astronauta*)

LAURA.— No has escrito nada en tu muro, nada, ni una palabra, ni una letra, ni un *Me gusta*, ni un gracias, ni un asombro... pero tampoco hay rabia, ¿te has quedado colgado?

LORENZO.— “Gracias, Lorenzo”, me dijeron los de la NASA (*se ríe*), “gracias por ayudarnos a habitar el espacio”. Y ahí me dejaron, colgado, sí, eso es, dando infinitas vueltas alrededor de este planeta deshabitado de... de humanos. ¿Gracias? Gracias por servir a tu país, gracias por ser una rata obediente, gracias por poder morirte solo ahí arriba y que nadie te reclame, gracias por no molestar, gracias por entregarnos tu corazón, sin sentir las piernas, sin quejarte y sin ruido... sin mí, sin ellos, sin Dios. Solo.

LAURA.— Por primera vez en mi vida no me gusta esta soledad tan callada.

LORENZO.— Bueno, pero no pasa nada, yo estoy bien, ahora soy libre, no pertenezco a nada ni a nadie (*sigue desvistiéndose*), no me miran, no me buscan, no me vigilan, no he defraudado a nadie excepto a mí mismo, creo... Y bastantes vueltas he dado ya por el espacio como para tener que enredarme ahora en esas redes ciberhabitadas... Yo soy yo (*se queda completamente desnudo*): “Corazón de astronauta”, dice ella... Estás colgada, sí, como yo. (*Se ríe*) ¿Quién te crees que eres para inventarme a mí en otro? ¿Quién quieres que sea yo? Yo podría haber sido un médico, un padre, un amante, un cocodrilo, un caballo... ¿un héroe? Pero soy yo, aquí y ahora, sin fe. Y quizá ese tipo, ese... Ángel suyo que usted ha inventado... quizá él sea mejor que yo, sí, es posible, bueno, todo es ingrátido y todo es relativo... ¿no? ¿Un yo más bueno? ¿Más sincero? (*Sonríe*) ¿Más lúcido? ¿Más honesto? ¿Más... sereno? Eso seguro... Y más alegre, sí... No lo sé. La gente se pasa la vida buscándose a sí misma fuera de sí misma y sin mirarse a sí misma.

LAURA.— Mirar. Mirarse...

LORENZO.— Mira, no voy a denunciarte... denunciarla, porque... porque he pensado un poco, no mucho, un poco solo, en esa cosa tan extraña que dijo: “Usted y yo nos parecemos, señor astronauta, mucho... un átomo en medio del bullicio”... Puede ser. Después me he imaginado su cara pequeñísima mirándome desde la Tierra, su cara dentro de una ventana diminuta, sus ojos flotando en el centro de todas las lucecitas que yo veía desde arriba y he sentido algo parecido a... la compasión. Pero es que además me ha dado envidia, sí, ya ve, no soy tan bueno, no lo soy, he sentido envidia de usted, de ti, luchando contra el viento clavada en la Tierra como un árbol anciano, fuerte, sola pero entera, mirando hacia el cielo, y yo ahí fuera, siempre fuera de todos y de todo, en el espacio, sin poder pisar la Tierra que sueño, no aquella que

contemplo, así que... Bueno, no voy a denunciarte por eso y por no buscarte más problemas. Es todo lo que puedo hacer.

LAURA.— Tengo que buscarte o... Sí. Algo más puedo hacer.

LORENZO.— Sí. Tal vez sí... tal vez podría entrar en contacto con esa tal Laura, pero ¿por qué? No, no puedo... Podría llamarla, buscarla, podría enviarle un mensaje, podría... ¿sí?, ¿qué? No, no lo haré. Contarle la verdad... ¿qué verdad? ¿Que todo es mentira? ¿Que su Ángel tiene mi cara? ¿Que mi cara no es la de un ángel? ¿Que se está engañando a sí misma porque tú la has engañado a ella? ¿Para qué? ¿Para salvarte a ti, a ella, a tu Ángel o a mí mismo? No.

LAURA.— Sí. Por los dos. Voy a buscarte donde te encontré.

LORENZO.— Yo ya no tengo nada que encontrar, o eso creo.

Lorenzo detiene del todo su máquina de correr. Mira el traje de astronauta que está en el suelo, lo deja ahí. Sale.

Laura se acerca a proscenio, mueve las manos, los brazos, como si tuviera frente a sí una inmensa pantalla. Detrás de ella van cambiando las imágenes de nuestra PANTALLA, buscando... Aparecen fotos de huracanes, del espacio, de Uruguay, de caballos, de cielos, y fotos de Ángel, fotos que ya hemos visto a lo largo de la función, y también fotos de astronautas. De pronto la búsqueda se detiene en una cara, la cara de Ángel/Lorenzo que enlaza con el perfil de Facebook que ya hemos visto cuando Lorenzo se quitó la escafandra, y en el que leemos: FLORIDA ASTRONAUTA EEUU NASA.

Laura entra en ese perfil y empieza a leer atónita las frases que Lorenzo ha publicado en su ventana de "Qué estás pensando": "No. No estoy, no puedo estar, no quiero./Yo no puedo, lo

siento./¿No te rindes?/Estoy bien, estoy tranquilo y ahora soy libre, no pertenezco a nada ni a nadie./Yo soy yo: Corazón de astronauta./Estás colgada, como yo”.

Se queda paralizada. Se gira, mira hacia atrás, el espacio de Lorenzo, vacío. El traje de astronauta y la escafandra continúan abandonados en el suelo.

La LUZ desaparece en el espacio de Lorenzo (toda menos un trazo sutil que ilumina el traje) y cae sobre Laura, que sigue inmóvil.

LAURA.— ¿Quién eres tú?

Oscuro profundo.

XIII
LA FOTO DE MI MUERTE

29 de febrero

ÁNGELES Y ÁNGEL. LAURA (*no habla*)

Ángeles y Ángel, en su espacio. Ella está en la cama. Él está desnudo y de espaldas al espectador. Laura los mira. Ellos no la ven.

ÁNGELES.— Hay que pagar la luz, el teléfono y las tres cuotas que debemos del televisor.

ÁNGEL.— Sí.

ÁNGELES.— Vaciar la nevera y pasar el aspirador debajo de la cama.

ÁNGEL.— Claro.

ÁNGELES.— Hay que regar mis plantas y... tu limonero.

ÁNGEL.— Pero ¿no vas a...?

ÁNGELES.— Cuídalos y... cuídala.

ÁNGEL.— ¿Yo... solo?

ÁNGELES.— Sí, tú solo.

ÁNGEL.— ¿Me dejas?

ÁNGELES.— Te dejo solo.

ÁNGEL.— ¿Me dejas quedarme...?

ÁNGELES.— Tranquilo, sí.

ÁNGEL.— Yo...

ÁNGELES.— No tengas miedo.

ÁNGEL.— Tú tampoco.

ÁNGELES.— Gracias. Por todo.

ÁNGEL.— A ti.

ÁNGELES.— *(Pausa. Mira al frente)* Abre la ventana, por favor.

ÁNGEL.— Sí, la ventana... *(Mira al frente, no se mueve)*

ÁNGELES.— ¿Qué miras?

ÁNGEL.— La cuesta empinada que sube hasta tu casa.

ÁNGELES.— Y dile a Noemí que he muerto.

ÁNGEL.— A Noemí...

ÁNGELES.— Mi amiga, ha venido a despedirse, está fuera.

ÁNGEL.— No puedo.

ÁNGELES.— Sí puedes, hazlo.

Ángeles cierra los ojos. Ángel se enfrenta a LA FOTO DE MI MUERTE.

ÁNGEL.— Si pudiera correr correría desnudo, si pudiera reírme lo haría a carcajadas, si pudiera girar lo haría alrededor de la Tierra, si pudiera ayudarte... aún estarías viva. Si pudiera soñar soñaría un cielo azul cobalto, un prado verde fosforescente y que no hiciera frío, en mi sueño. *(Pausa)* Si tuviera un corazón sería de astronauta, si tuviera fuerza sería la de un caballo, si tuviera manos serían las de un médico, si tuviera un hijo sería una niña, si tuviera una casa sería blanca, si tuviera voz sería la de un hombre tranquilo, sencillo, alegre... o sería la tuya. Gracias gracias gracias. Ángeles Rama, que seas feliz.

Ángel llora. Ángeles ya no llora. Ángel la cubre por entero con la sábana.

XIV
LA FOTO DE TU VIDA
29 de febrero
(ÁNGEL), LORENZO Y LAURA

Laura sigue inmóvil en el mismo lugar en el que estaba al final de la escena XII.

Ángel sale del espacio de Ángeles y entra en el espacio donde se ha quedado sola la máquina de correr de Lorenzo, que se ilumina a medida que él va introduciendo su cuerpo desnudo en la luz.

MÚSICA. Sugerencia: "Verses" de Ólafur Arnalds y Alice Sara Ott⁶.

LAURA.— ¿Quién eres tú?

LORENZO.— Yo.

LAURA.— El astronauta.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Estás desnudo, ¿no tienes frío?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Eres la foto que no eres.

LORENZO.— Sí.

⁶ Misma música que al comienzo de la función.

LAURA.— ¿Por qué has escrito esas cosas tan... tristes en tu muro?
¿Tienes miedo?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Eres como todos, eres frágil.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Eres humano.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Estás vivo.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Has sobrevivido... al huracán.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Te duele la cicatriz?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Estás bien?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Estás contento?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Qué alegría.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Y ella, ¿está muerta?

LORENZO.— Sí. *(Se acerca al traje de astronauta y empieza a ponerse-lo)*

LAURA.— Qué tristeza.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Todo era mentira.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿O todo era verdad?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Sabes quién soy yo?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Te dijo ella que me buscaras.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Te dijo ella mi nombre.

LORENZO.— Sí. *(Con el traje casi puesto)*

LAURA.— Estás temblando.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Pensé que te habían borrado de la faz de la tierra.

LORENZO.— Sí...

LAURA.— Pensé que no tenías cuerpo.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Pensé que nunca llegaríamos a encontrarnos.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Pensé que no tenías corazón. ¿Lo tienes?

LORENZO.— Sí. (*Vestido ya de astronauta*)

LAURA.— Estas aquí.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Ahora.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Confías?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— En mí.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Y en ti?

LORENZO.— Sí...

LAURA.— ¿Puedo tocarte?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Te he echado de menos.

LORENZO.— ¿Sí?

LAURA.— ¿Puedo decirte algo?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Nadie conoce a nadie.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Pero yo puedo decir tu palabra preferida. ¿Puedo decirla?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Y tú sabes cuál es mi palabra preferida?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Puedo decírtela despacio.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— *Cielo.*

LORENZO.— Sí...

LAURA.— Puedo escuchar cómo respiras.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Puedo acariciar tu pelo.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Puedo trepar por tu espalda.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Puedo buscar tus huecos.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Puedo mirarte.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Por dentro.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— Y puedo abrazarte.

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Quieres?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿De verdad?

LORENZO.— Sí.

LAURA.— ¿Puedes darme la mano?

LORENZO.— Sí.

Laura entra en el espacio de Lorenzo.

LAURA.— Vuelves a ser tú, ¿no?

LORENZO.— Sí.

OSCURO FINAL

El amor es una ilusión, una historia que una construye en su mente, consciente todo el tiempo de que no es verdad, y por eso pone cuidado en no destruir la ilusión.

Virginia WOLF⁷

⁷ Esta última cita, así como los nombres del equipo artístico y técnico, e incluso los agradecimientos, podrían aparecer en la pantalla al finalizar la representación. Queda al criterio de la dirección/puesta en escena.

Fuentes literarias

Ida Vitale, *Cerca de cien: Antología poética* (Madrid, Visor Libros, 2015).

Zygmunt Bauman, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2007).

Carlos Gurméndez, *Teoría de los sentimientos* (Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1981) y *Estudios sobre el amor* (Barcelona, Anthropos Editorial, 1994).

María Zambrano, *El sueño creador* (Madrid, Turner Publicaciones, 1986).

André Comte-Sponville, *Pequeño tratado de las grandes virtudes* (Barcelona, Espasa Libros, 1996).

Pablo D'Ors, *Biografía del silencio* (Madrid, Siruela, 2015).

Agradecimientos

Por su dedicación, apoyo, generosidad o inspiración y por todo lo demás, agradezco sinceramente la ayuda que me han prestado en la escritura de *El corazón de astronauta*: a Mariano Barroso. A la Fundación SGAE. A mis compañeros del V Laboratorio de Escritura Teatral: Manuel Benito, Marcos Gisbert, Lucía Miranda, María San Miguel, Claudia Tobo, y muy especialmente a nuestro tutor, ahora amigo, Carles Alberola, por su batuta honesta, respetuosa y sensible. A Julio Escalada. A Víctor Velasco. A mi hermana Rosario Bergamín. A Talismán, mi caballo.



© Guillermo Casas

BEATRIZ BERGAMÍN

Nace en Madrid, en abril de 1968. Bisnieta del dramaturgo Carlos Arniches y nieta del escritor de la Generación del 27 José Bergamín. Trabaja como actriz a partir de los 16 años en compañías como La Fura dels Baus, Compañía Nacional de Teatro Clásico, Centro Dramático Nacional, entre otras. Dirigida por José Luis Alonso de Santos, Miguel Narros, José Carlos Plaza, Guillermo Heras, Francisco Nieva, Rodrigo García, Amelia Ochandiano, Víctor Velasco, Jesús Cracio, entre otros. Forma compañía propia en tres ocasiones.

Es autora del texto dramático *No hay papel*, que ella misma lleva a escena con Cía. Desaforado2. Obra seleccionada por Madrid Activa, Red de Teatros de Castilla-La Mancha (2016), Muestra de Mujeres que Transforman el Mundo (Segovia, 2017), Festival Ellas Crean (Madrid, 2017) y Muestra de Autores Españoles Contemporáneos (Alicante, 2017). Destacada por la crítica especializada como una de las diez mejores propuestas de teatro off en 2015 y 2016. Seleccionada por el Centro de Documentación Teatral (INAEM) como Obra Destacada del año 2016. La grabación completa del espectáculo es reproducida en la Revista Digital Anual *Don Galán* nº 6.

Es autora del texto dramático inédito *El presente es un animal*. Beneficiado con la Ayuda a Personas Físicas para la Creación y el Desarrollo de las Artes Escénicas, Musicales, Cinematográficas y de Diseño, en su categoría de Escritura Dramática, de la Comunidad Autónoma de Madrid en 2016.

Es autora del poemario *De todos los lugares*. Será publicado en Ediciones Vitruvio en 2018.

Colabora, tanto en secciones fijas como esporádicas, en prensa escrita y prensa digital, firmando columnas de opinión, artículos, previos, entrevistas y reseñas (*La luna de Metrópoli*, revista *AR*, *El Correo de Andalucía*, diario *El País*, etc.). Ha trabajado con la Fundación Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro en 2015, 2016 y 2017.